La conquista del ESPACIO

MUNDOS PARALELOS

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



Se despertó pronto, cuando todavía el sol no había salido aún por encima de los montes. Se lavó y vistió, siempre mirando de soslayo el lecho donde ella dormía. Se sintió un poco molesto cuando miró la hora y comprobó que aún era demasiado pronto. Penetró en la pequeña cocina y se preparó un poco de café. Del día anterior aún quedaba un poco de pan, que recalentó y untó con mantequilla. Entonces se dio cuenta que tenía apetito. Terminó de beber el último sorbo de café y se dirigió a su cuarto de estudio. Allí, con una llave que llevaba colgada de una cinta al cuello, abrió un cajón de su despacho y extrajo un cinturón, ancho y metálico, con diversos discos de reluciente plata.

A. Thorkent

Mundos paralelos

Bolsilibros: La conquista del espacio - 364

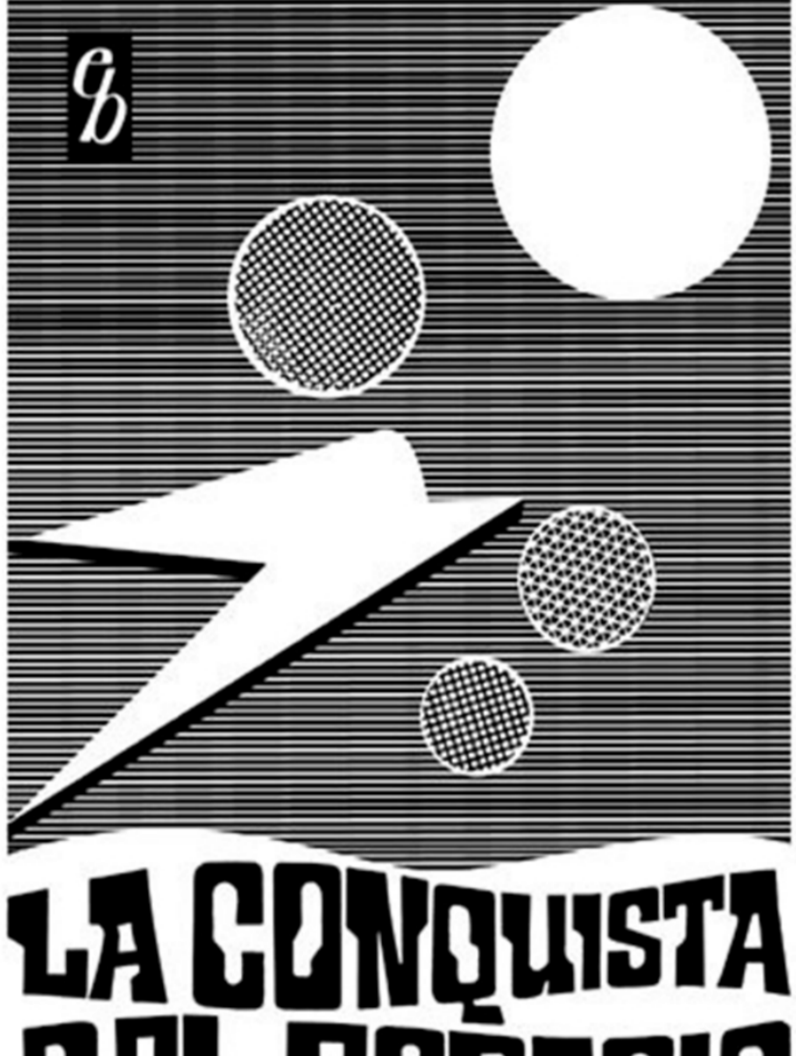
ePub r1.0

Titivillus 25.09.2019

A. Thorkent, 1977

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

MUNDOS PARALELOS

THORKENT, A.

CAPITULO PRIMERO

La noche anterior no había querido decirle nada a Janette. Bromeó con ella, tomaron unas copas y luego hicieron el amor.

Se despertó pronto, cuando todavía el sol no había salido aún por encima de los montes. Se lavó y vistió, siempre mirando de soslayo el lecho donde ella dormía.

Se sintió un poco molesto cuando miró la hora y comprobó que aún era demasiado pronto. Penetró en la pequeña cocina y se preparó un poco de café. Del día anterior aún quedaba un poco de pan, que recalentó y untó con mantequilla.

Entonces se dio cuenta que tenía apetito. Terminó de beber el último sorbo de café y se dirigió a su cuarto de estudio. Allí, con una llave que llevaba colgada de una cinta al cuello, abrió un cajón de su despacho y extrajo un cinturón, ancho y metálico, con diversos discos de reluciente plata.

Apenas se lo había ajustado cuando escuchó el leve chirrido de la puerta al abrirse. Se volvió rápido, enfrentándose con la mirada reprochadora de Janette.

—Debiste haberme dicho que te marchabas —dijo ella.

Sólo se había puesto la camisa del pijama de Tom. Su alborotado cabello rubio caía sobre sus hombros. Se los recogió con un ademán y esperó la respuesta.

—Precisamente pretendía evitar esta escena —replicó Tom colocándose el seguro del cinturón. Siempre que se lo ponía recordaba a Joe, que se perdió por habérsele desprendido en el momento menos oportuno.

Janette se sentó desalentada.

—Aún queda café. ¿Quieres un poco? La muchacha asintió.

Tom le sirvió una taza y se sentó frente a ella. Sintió los ojos de Janette sobre el borde de la taza, sobre los suyos.

—Lo siento —dijo—. No quería preocuparte anoche. Estabas tan

contenta.

—Nunca me has ocultado nada. ¿Por qué esta vez?

—No lo sé. La verdad es que no lo sé. Sencillamente, cuando recibí el mensaje con la orden, me hice el propósito de no decirte nada. Confío en volver pronto.

—Uno nunca sabe cuándo va a volver.

—No creo que sea nada que me retenga —dudó unos instantes y añadió—: No pueden retenerme. Estoy firmemente asentado en este suelo.

—Tal vez haya alguien que goce de los favores de algún tipo importante.

—No gastes bromas, cariño.

—¿Quién te ordena regresar?

—No se trata de ningún mensaje trucado, si es lo que temes. Los sellos estaban correctos y posee el distintivo de alta prioridad.

—Al otro lado de la colina vivían unas familias que las hicieron regresar. Eso fue inhumano.

—Sí, yo también escuché algo al respecto. Pero no hay nada seguro. Serán rumores. Todos los que hemos venido pasamos las pruebas y nadie queda sin recibir su certificado de residencia.

Janette le miró temerosa.

—Entonces, ¿por qué tú sí tienes que volver? Tom rehuyó su mirada escrutadora.

—Ayer, cuando me entregaron la orden, quise ver al coordinador del sector. Tardé cerca de dos horas en localizarlo. Confiaba en que me explicaría algo, pero él mismo se mostró sorprendido cuando le dije que me reclamaban hoy. —Si se pudiera telefonear…

—Ésa sería una buena solución.

Y Tom pensó que era una molestia que hasta el momento nadie hubiera encontrado un sistema para mantener contacto. La única forma de transmitir órdenes era enviando un enlace.

El enlace que llegó hasta Tom era un veterano. Empero, lo miró todo con ojos ávidos. Tom le preguntó por su familia. Esperaba la respuesta. El enlace le dijo que le estaba esperando. Todos los enlaces siempre tienen algo al otro lado que les impide romper con su palabra de volver.

Se marchó y Tom ni se molestó en seguir su rastro. Rompió el

sello y leyó el mensaje.

—Me dicen que es urgente, grave —dijo pensando en el mensaje, implorando con la mirada a Janette—. Sabes que yo era útil. Tengo aún amigos allí. Es posible que sólo sea para consultarme algo, y que me dejen volver pronto.

—Siempre pienso en las otras familias de las colinas, Tom —dijo ella mirando hacia la ventana. El sol estaba surgiendo lentamente —. A ellas las hicieron volver porque necesitaban sus lugares para otras personas.

—Nadie está seguro que haya ocurrido tal cosa. Son meros rumores. Siempre hay gentes que inventan cosas para liarlo todo, para hacer que los demás se pongan nerviosos. ¿Tú conociste esas familias, sabes de alguien que las haya visto alguna vez?

Janette movió negativamente la cabeza.

—Entonces no te preocupes por ellos.

Se levantó y tomó a la chica por los hombros. La atrajo hacia sí y la besó. Recordó los besos de Janette de hacía sólo unas horas y los que ella le estaba ofreciendo le parecieron fríos, distantes.

Se apartó y revisó el cinturón. Colocó el guía de oro en la ranura correspondiente. Se volvió hacia Janette.

Ella le pidió:

—Por favor, sal al exterior. Siempre me parecen así más normales las despedidas. Se me antojan irreales cuando lo haces en mi presencia.

Tom asintió y abrió la puerta. El aire fresco de la mañana le azotó el rostro. Olió con profundidad el olor a hierba fresca, a flores. Janette ya cultivaba flores en el pequeño jardín que rodeaba la casita. Se alejó unos metros, buscó la protección del árbol y miró hacia la ventana.

Janette no le miraba. Apretó el dispositivo. Desapareció del mundo.

* * *

Janette no salió de la casa hasta pasada una hora larga de la marcha de Tom. Se había arreglado un poco, con su mejor vestido. Aquel día no vestiría los viejos pantalones vaqueros ni camisa de

franela que solía usar para trabajar en el jardín.

Era su día libre y lo dedicaría a visitar a los vecinos.

Se entretuvo unos segundos en el pequeño espejo colgado junto a la puerta. La imagen devuelta era aún juvenil, bonita. Tom la seguía queriendo, más o menos, igual que el primer día que se conocieron.

Incluso estaba dispuesta a jurar que mientras ellos vivieron juntos no había existido otra mujer que ella para Tom. Hizo un mohín al espejo y abrió la puerta. La cerró, sin echar la llave y cruzó el estrecho camino de grava. Miró de soslayo el árbol, el sitio donde suponía que Tom había desaparecido.

Aligeró el paso y cruzó la verja de madera, de apenas medio metro de altura.

Aquel iba a ser un buen día, pensó mientras caminaba por el sendero. Saludó con la mano a la señora Perkins. Más allá vio a Mary Lou y Carmen conversar cerca de la casa de la primera. La vieron y Carmen le hizo señas para que se acercara. Janette les sonrió y negó con la cabeza. Movió los dedos para indicarles que las vería más tarde.

Era domingo. ¿Por qué tenían que haber llamado a Tom en domingo? De no haberse marchado hubieran ido al río, se hubieran bañado y comido en la orilla. Luego, tal vez, Tom habría hecho el amor con ella. Conocían un sitio cerca del río que era frondoso, de altas hierbas húmedas que resultaban un lugar encantador para tumbarse, para abrazarse y luego dormir un rato, desnudos y recibiendo los tibios rayos solares.

Desechó aquellos pensamientos, deseos frustrados que, al menos, aquel día no se convertirían en realidad.

Sin darse cuenta había llegado hasta la casa pintada de rosa, con los marcos de las ventanas en azul. Siempre se preguntó quién había aconsejado a Preston para que pintase así su hogar. Si Preston no fuera soltero, con toda seguridad su mujer habría evitado aquel desatino.

Parpadeó. ¿Por qué estaba detenida delante de la casa de Preston? Desde aquel día que la cortejó con tanta insistencia nunca quiso enfrentarse a él a solas. Preston y Tom eran buenos amigos. Janette nunca dijo a Tom nada de las pretensiones de Preston.

¿Para qué?

Empero, sintió deseos de verle. Llegó hasta la puerta y llamó suavemente con los nudillos.

Enseguida se arrepintió de haberlo hecho.

Era muy temprano. Preston no madrugaba los domingos.

Iba a marcharse cuando desde el otro lado de la casa una voz gritó:

—Estoy aquí. Venga acá quien sea.

Anduve unos metros y vio a Preston, de cuclillas, pintar una vieja silla con pintura verde. Se volvió y al verla se levantó. Estaba sin afeitar y no tenía ningún atractivo, pensó Janette, complacida por ello. Incluso su mono de trabajo estaba sucio, lleno de pinturas de todos los colores.

—Demonios, Janette. Sí que se puede jurar que esto es una sorpresa. ¿Ocurre algo? Janette sonrió. Al menos Preston había sido considerado. Si pensó que el motivo de su visita se debía a algún motivo sentimental no lo demostraba.

—Pasaba por aquí…

—Ya —asintió Preston. Dejó la brocha dentro del bote de pintura y se restregó las manos en los traseros del pantalón.

No parecía sorprendido ya. Le parecía normal que ella estuviera allí… sin Tom.

—Estoy hirviendo agua para el café. ¿Quieres una taza?

—Sí, gracias.

Entraron en la cocina. Janette miró aquel desorden. La mujer que limpiaba la casa de Preston lo hacia todos los lunes. Ahora veía la suciedad de seis días acumulada. Fingió no darse cuenta y se sentó junto a la mesa.

—Hace un magnífico día.

—¿Irás a pescar? —preguntó Janette.

—Oh, perdí la afición hace tiempo —Tom sacó una lata de galletas y volcó unas pocas sobre un plato—. Además, me olvidé la caña allí.

—Cuánto lo siento. Es lástima que no lo hubiéramos sabido. Tom habría podido traértela.

Preston llenó las tazas y se sentó frente a Janette, mirándola a los ojos.

—¿Es que Tom ha vuelto?

—Sí. Esta mañana. Creí que te lo había dicho anoche.

—Apenas le vi unos instantes. Ahora comprendo tu semblante preocupado —sonrió. Por un momento…

—Por un momento, ¿qué, Preston?

—Supuse que habíais peleado. Y cuando te vi aparecer… En fin, lo siento. He sido un presuntuoso.

Janette se mordió los labios. Se había equivocado. Preston había pensado que ella estaba allí buscando otra cosa, tal vez pretendiendo vengarse de forma tan ruin con Tom. ¿Por qué tenía Preston que pensar tal cosa?

—Es cierto que llegué aquí sin pensamiento de entrar a verte. Al llegar a la altura de tu casa pensé que tal vez tú supieras algo.

—Pues lo siento. Es una sorpresa para mí saber que han hecho regresar a Tom.

—¿No lo encuentras normal?

—No es eso. Simplemente, llego a la conclusión que él ya hizo bastante. Su residencia es merecida. Debe tratarse de algo importante.

—Tengo miedo. Hay mucha presión para conseguir la residencia. Dicen que apenas pueden mantener el ritmo de envíos.

Preston movió la cabeza.

—Olvida eso. Estás obsesionada. Nadie quitará a Tom su derecho. Bebieron el café. Janette se levantó.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Me has tranquilizado bastante.

—¿Dónde vas?

—Tenía intención de visitar algunas amigas. Hoy es domingo. Mañana volveremos a trabajar duro.

Sólo hacía un mes que los jefes habían decidido dar descanso los domingos. Antes se trabajaba ininterrumpidamente. Todo el mundo recibía el domingo como una bendición.

—¿Por qué no te quedas conmigo a almorzar? Ella se echó a reír.

—Aún es muy temprano. ¿Qué podríamos hacer mientras tanto?

Preston la miró intensamente, tanto que Janette terminó ruborizándose.

—¿Qué te parece bañarnos en el río?

—No me apetece. Otro día será.

La acompañó hasta la entrada del pequeño jardín. Preston tomó la mano de Janette y la mantuvo cogida largo rato.

—Recuerda que siempre me tienes para lo que quieras de mí. No lo olvides. ¿Es que olvidas que somos amigos?

Ella retiró la mano, asintió y comenzó a alejarse. Se volvió y dijo:

—Sí; no lo olvido. Tú y Tom siempre habéis sido buenos amigos.

Preston la vio caminar por el sendero, alejándose de su casa. Se mordió los labios. Ahora acudían a su mente todas las frases ingeniosas que mientras tuvo a Janette delante no supo elegir. La llegada de la muchacha había sido tan imprevista que le cogió desprevenido. Había tenido una gran oportunidad y no había sabido aprovecharla.

Pensó, mientras volvía a la parte trasera, que aquélla había sido una ocasión estupenda. Tom estaba fuera, lejos de ellos. Por muy pronto que volviese no lo haría hasta el día siguiente.

Sin embargo, Janette parecía sincera cuando afirmó que estaba allí sin haberlo pensado previamente. ¿Por qué no podía ser así, que ella sólo hubiera acudido a su casa para encontrar nada más que una justificación a la llamada formulada a Tom?

Tomó la brocha y quedóse mirando la silla, sin deseo alguno de reanudar el trabajo. El color le pareció odioso.

Desde que conoció a Janette su soledad se había hecho más patente, Y en aquel estúpido mundo que le tocaba vivir, aunque millones de personas serían felices por ocupar su lugar, sólo tenía pensamientos para Janette.

Deseó que no hubiera llegado aquella mañana.

Pero Tom podía tener dificultades al otro lado. Según las últimas noticias la situación era muy difícil y los accidentes, frecuentes.

Podían suceder muchas cosas.

CAPITULO II

—¡Agáchese!

Instintivamente, Tom se arrojó al suelo. Los guijarros se le clavaron en el costado y rodó un par de metros. Tosió. El polvo que flotaba en el ambiente era húmedo, asfixiante.

Enseguida escuchó varios disparos.

Era de día. Cuando uno pasa de un lado a otro, se dijo Tom protegiéndose la cabeza con ambas manos, siempre se encuentra con la misma hora que dejó al otro lado. Todavía nadie había encontrado explicación, pero a él le bastaba saber que así sucedía.

Empero, aunque debía estar amaneciendo también en donde ahora estaba, parecía que era la tarde la que avanzaba. El cielo era profundamente gris y la niebla espesa impedía ver más allá de diez metros.

Volvió a sonar el rifle, se escucharon pasos precipitados más lejos y el dueño de la voz que le había gritado antes volvió a decir:

—Ya se puede levantar.

Le vio acercarse, con su traje negro manchado de barro seco. Los ojos estaban ocultos por unas gafas grandes, oscuras. Las manos enguantadas sostenían un rifle.

—¿Era acaso…? —preguntó Tom señalando hacia el lugar por donde el rondador, o lo que fuera, se había alejado.

—Sí, claro. ¿Acaso creía que iba a ser un enemigo? —detrás del plástico filtrador, el hombre emitió una sonrisa sarcástica. Miró a Tom y meneó la cabeza—. Si continúa así no durará mucho, amigo.

Tom empezó a toser Tomó el bulto del suelo y sacó un traje negro de una sola pieza. Pero antes de ponérselo se colocó las gafas oscuras y el filtro delante de la boca. De todas formas había estado lento y respirado demasiado aire. Tardaría en volver a encontrarse bien. Por último, se cubrió la cabeza con el gorro metalizado.

—Vamos, estamos perdiendo demasiado tiempo. ¿Por qué no

llegó ya vestido?

—La última vez que estuve no estaba esto tan mal.

Escuchó un gruñido. Aquel tipo, sin duda, estaría envidiando su suerte. Ya antes había captado las miradas ansiosas que dirigía a su cinturón. Tom pensó que si los cinturones no fueran intransferibles, con toda seguridad, aquel hombre, en lugar de haberle defendido del peligro a base de disparos, le habría matado para robárselo.

Caminaron por un terreno infernal. En un momento que la niebla se despejó, Tom observó el paisaje. Indudablemente, allí lo habían pasado muy mal desde la última vez que estuvo. No quedaba nada en pie. Recordó los hermosos edificios, los prados todavía verdes que existían hacía apenas unos meses. ¿Qué quedaban? Nada. Un montón de ruinas y barro en donde otrora brilló el verdor.

Sin embargo, el Comité Central aún debía estar refugiado en alguna parte. No había abandonado el lugar. Tom se preguntó si aún permanecían allí porque estaban esperándole.

Cuando salió de allí, pensando que nunca más volvería, lo último que recordaba era una sala grande de partida, las miradas vidriosas de los que le miraban huir hacia otro lugar. Seguramente algunos debieron estar preguntándose por qué aquel tipo había recibido un cinturón, cuáles habían sido sus méritos.

Tom, mientras seguía al hombre, esbozó una sonrisa. El respirador filtraba bien y empezaba a encontrarse mejor. Las náuseas estaban desapareciendo más rápidamente de lo que habían pensado.

Bajaron por un montón de escombros. Creyó adivinar en ellos lo que fuera entrada principal del edificio del Comité. En algunos lugares vio trozos de mármol verde que decoraron su tachada.

Se detuvieron delante de una oscura entrada. Allí había otro hombre, y seguramente más vigilándoles desde el interior, a través de troneras. Cuando pasaron por su lado, el hombre que le había estado aguardando les mostró un papel y les dejaron seguir.

Después de cruzar los cuartos estancos pudieron desprenderse de los filtros. Tom aspiró profundamente y torció el gesto. El aire seguía siendo desagradable.

Olía a tumba.

Su acompañante le miró. Gruñó algo que no entendió y le indicó

que le siguiera a través de un corredor.

Era un pasadizo estrecho, apenas iluminado con pobres luces situadas a grandes trechos. Todo estaba sucio y el suelo lleno de papeles y trozos de madera. Entraron en unas salas repletas de cajas cerradas. Varios hombres y mujeres las estaban abriendo e inspeccionando con aparatos que titilaban.

—Hubo una alarma hace tres días y todavía no han terminado de revisarlo todo —explicó el hombre.

Tom le observó. Ahora podía ver su rostro, sin las galas oscuras y el filtro. Era un hombre de mediana edad, con barba de tres días y profundas ojeras debajo de los ojos enrojecidos.

Se detuvieron ante una cerrada puerta al otro lado de los almacenes. Después que el hombre llamara en ella con los nudillos, una voz desde el interior les indicó que pasaran.

—Hola, Tom —le saludó apenas entró un hombre que se levantó de una silla situada al otro lado de una mesa de madera, larga y llena de papeles y planos. En una esquina había una bandeja con restos de comida.

Tom estrechó la mano de Gardner. Tenía el viejo uniforme militar más ajado y también más sucio. Sin embargo, las dos estrellas brillaban como la plata. Se limitó a sonreírle.

¿Qué se le podía decir a un viejo amigo en tales circunstancias?

Había otros dos hombres y una mujer en la habitación.

Tom, te presento al doctor Leslie Gibson, la profesora June Forrest y a Julio Arenas. Miró primero al doctor. Era un hombre viejo, flaco y mirada casi ausente. Se limitó a encogerse de hombros. La profesora Forrest debía tener más de cincuenta años y posiblemente había sido bonita en su juventud. Ahora podía ser más o menos vieja de lo que representaba. Cuando se detuvo en Julio Arenas apenas pudo reconocerle. Era el único que conocía allí aparte de Gardner, aunque sólo había conversado una vez con él. Entonces brillaba la luz en sus ojos, rebosante de orgullo. En aquellos días, Arenas era el hombre más famoso de todo el planeta y aquella notoriedad parecía recibirla muy bien.

En cambio, en poco tiempo relativamente, los años le habían golpeado con demasiada rapidez. Tenía los hombros hundidos y Tom notó su mano húmeda y fría cuando se la estrechó.

Arenas podía haberse convertido en el hombre más rico del

mundo. Su nombre era conocido hasta el último confín de la Tierra y todas las naciones se disputaban su visita. Le ofrecían sumas fabulosas por presentar productos, por permitir que su nombre se asociara a las grandes compañías que en aquellos días de euforia en el planeta no cesaban de trazar planes, inversiones.

Sin embargo, poco después Julio Arenas cambió profundamente. Tal vez él, antes que nadie, se dio cuenta que en lugar de proporcionar a la humanidad algo fabuloso había abierto la puerta a su propia condenación.

¿Cuánto tiempo estuvo Arenas en los hospitales, intentando los médicos devolverle su salud mental? Se decía que nunca estuvo realmente loco, sino que había caído sobre su persona demasiada responsabilidad. Arenas no había trazado los planes, pero sí extendido los conocimientos para que otros los desarrollaran.

Volvió a mirar a Arenas mientras éste volvía a tomar asiento. ¿Qué hacía allí Arenas? Con disimulo se restregó la mano en el pantalón, limpiándosela del sudor de Arenas.

—Siéntate, Tom —Gardner le indicó una silla de madera—. Me imagino que estarás impaciente por conocer el motivo de nuestra llamada, ¿no?

—Desde luego —asintió.

Tom volvió a mirar a Arenas. Se decía que desde el primer momento tenía un cinturón, pero que nunca llegó a usarlo para huir. Algunos afirmaban haberlo visto llevarlo siempre en su equipaje, cuando marchaba de un lugar a otro, impulsado por el Comité. ¿Por qué Arenas nunca quiso alejarse del horror?

—Seguramente el señor Carter estará preguntándose cuándo podrá regresar —dijo la doctora formando un rictus indescifrable. Tom la encontró más vieja y amargada que hacía unos instantes.

Gardner pareció quererla fulminar con la mirada. Ofreció cigarrillos a Tom, quien los rechazó con un movimiento de cabeza.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Carter.

—Tuvimos un ataque, pero pudimos rechazarlo —explicó Gardner—. Claro que no podemos llamar a esto una victoria. Dejaron las instalaciones como la palma de la mano.

Tom miró hacia atrás. El hombre que le había estado esperando en el exterior se había, marchado silenciosamente. Se volvió para mirar a Gardner.

—Se defendieron a tiros. Por un momento temí que fueran enemigos. ¿Acaso los hay, efectivamente?

—Sí. Quedaron bastantes dispersos por los alrededores. Pero los peores, algunas veces, son los terrestres. Existen grupos, incluso hombres que actúan aisladamente, que rondan las ruinas. Parecen oler los depósitos que custodiamos.

—¿Por qué el Ejército no limpia esto de enemigos y también de las bandas?

—¿Qué Ejército, Tom? —Los hombros del general se encogieron —. Apenas somos ya grupos que no podemos montar un plan conjunto. Las comunicaciones son cada día más difíciles. Bastante hacemos ya manteniéndonos. Claro, tú no puedes saber que desde hace veinte días no se produce ninguna ofensiva por nuestra parte.

—¿Tan mal está la situación?

—Joven, usted ha regresado al infierno —masculló la profesora.

—Por favor, June —dijo el general golpeando la mesa con la palma de la mano—. Tenemos muchos asuntos que discutir. Tom, estamos preparándolo todo para largarnos de aquí. Si no lo hemos hecho antes ha sido porque te esperábamos.

Tom le miró sorprendido.

—¿A mí? ¿Qué queréis de mí?

El índice derecho del general descendió hasta el cinturón de Tom. Instintivamente, éste lo agarró, como si temiera que se lo fueran a arrebatar. ¿Acaso los temores de Janette no eran infundados?

—No tema, muchacho —musitó el doctor Gibson cansadamente —. Nadie se lo va a robar.

—Por favor, Gardner, explícate de una condenada vez.

—Todavía no hemos podido alterar un cinturón ya confeccionado para una determinada persona —dijo el general—. Y tal vez haya sido una suerte. Eso impide que esto se convierta en un infierno para conseguir alguno de los pocos que aún pueden confeccionar.

—Tenía intención de preguntarte por qué ahora apenas llegan gentes… —dudó un segundo en añadir—: al otro lado.

—Ése es el motivo. Las instalaciones fueron destruidas. Apenas se pudieron salvar los técnicos y material suficiente para fabricar uno o dos cinturones al día. Y no todos salen bien. Sabemos de

personas que obtuvieron uno y nunca llegaron. Y dentro de poco no tendremos un cinturón nuevo, Tom palideció. La noticia no podía ser más demoledora.

—La gente aún se mantiene con la esperanza de obtener uno. ¿Qué pasará cuando se entere de eso?

—En esta base sólo nosotros lo sabemos. Por supuesto, ni siquiera al otro lado deben saberlo. Cundiría el desaliento.

Tom sintió tentaciones de preguntar si Gardner ya había conseguido su cinturón.

—Evacuaremos mañana o pasado lo más tarde —dijo el doctor. Vamos, general, no pierdas más tiempo y dile a Carter para qué le enviamos un mensaje urgente.

—Tienes razón, Gibson. Tenemos problemas. La Comisión está ultimando la última fase de evacuación. Es obvio decirte que el asunto es alto secreto. Cuando se dé la fecha, los que entonces dispongan de cinturón recibirán la ficha para que lo inserten —suspiró profundamente—. Después de eso no quedará nadie aquí con posibilidad de escape.

—¿Cuándo será eso?

—Ni yo lo sé. Se radiará en clave, al mismo tiempo, a todos los puntos. Cada hombre o mujer está recibiendo un cinturón que sólo deberá usar en el momento preciso. Naturalmente, quien tiene un cinturón lo mantiene oculto.

—¿Cuántos serán? ¿Miles, millones?

—Olvida la cifra de seis ceros, Tom. No se han podido hacer tantos. No me atrevo a decir la cifra aproximada.

—¿Por qué no inmediatamente?

—Se tarda tiempo en distribuir los cinturones, en elegir a las personas.

—¿Seguro que irán las que se lo merecen? —preguntó Tom—. No quiero decir que no deban ir todos, sino que es posible que muchos se hayan ganado un billete por medios poco legales.

—No será por dinero. El dinero ya no vale nada. Sí, es posible que muchos no merezcan salvar la piel. Pero es algo que no podemos remediar. Dejemos esto. Es desagradable. Vayamos al asunto.

»Tom, toda la operación final puede venirse abajo si se confirman nuestros temores. Me quedo corto. En realidad podemos

convertir el otro lugar en algo parecido a lo que ahora es nuestra Tierra.

Tom estiró el cuello. El general no estaba explicando claramente lo que quería. Se estaba haciendo un lío. Esperó pacientemente.

—Si te has preguntado el motivo de la presencia aquí de Julio Arenas te diré que tú y él sois los únicos que nos pueden salvar, Tom. En vuestras manos está la posibilidad de facilitar la evacuación final y la supervivencia de los que ya la han conseguido.

—¿Por qué nosotros? —preguntó Tom mirando ceñudamente a Arenas.

—Porque vuestros cinturones son los únicos genuinos que existen, los que no salieron de nuestros laboratorios.

Tom empezó a sonreír. ¿Adónde quería ir a parar el general?

—Nunca me dijeron nada…

—Tú y Preston fuisteis los primeros en ir al otro lado Preston usó un cinturón duplicado, mientras que tú usaste uno capturado. Fue un experimento. Ninguno de vosotros sabíais que el tuyo era auténtico y el de Preston apenas tenía garantía de éxito.

—Fue una sucia jugada…

—No. Los dos estabais seguros que se trataban de cinturones obtenidos por nuestros científicos bajo la supervisión de Arenas. Solamente queríamos, entonces, obtener resultados.

Tom sonrió torvamente.

—Nos equivocamos en nuestras conclusiones, ¿no? Todos saltamos de alegría cuando volvimos. ¡Habíamos descubierto un mundo a nuestra disposición, un mundo limpio, sin contaminar y vacío!

—No lo tomes así. Nadie tuvo culpa de no suponer lo que en realidad estábamos haciendo.

—Bien. Todavía no sé qué peligro es ése que amenaza la última etapa de evacuación y la comunidad ya instalada.

—Nuestro enemigo está a punto de lograr saltar sobre nosotros e ir directamente al otro lado —dijo, inesperadamente, Arenas.

Tom pegó un brinco. Janette fue su primer pensamiento. La recordó en su casita, esperándole.

¿Cómo reaccionaría si viera aparecer en el jardín a un enemigo en su lugar?

CAPITULO III

El primero en llamarlos antiters fue, precisamente, Julio Arenas. Era una contracción de antiterrestres. La denominación no era exacta, pero se usó desde el primer momento.

—Aunque me explicaron cientos de veces la teoría no pude comprenderla. Empero, siempre me aseguraron que los antiters no podrían ir a Tierra Dos —dijo Tom meneando la cabeza—. ¿Qué ha cambiado ahora?

—No lo sabemos exactamente replicó el general sorbiendo el último resto de café.

—Cuando Preston y yo volvimos del primer viaje a Tierra Dos sostuvimos una amplia charla con Arenas, a solas. Le contamos todas nuestras impresiones y él nos confesó algunos pormenores. También entonces insistió en que nosotros nunca podríamos ir a la Anti Tierra.

—Arenas estuvo mucho tiempo estudiando los cinturones que capturó —suspiró el general—. Me temo que nunca contó lo que averiguó de ellos. Arenas fue prudente. Era un oscuro científico, sin porvenir alguno. Usó bien sus escasos conocimientos. No quería ser apartado del asunto por otros más cualificados. Entonces pensó que tenía una fortuna al alcance de la mano.

Estaban en el dormitorio de Gardner. Las paredes rezumaban humedad y la comida había sido asquerosa. Tom apenas comió nada. Sólo el café resultó aceptable. Echó de menos la comida sabrosa y natural que le preparaba Janette todos los días.

—Recuerdo las frases favoritas de Arenas en sus largos y aburridos discursos, pero que solían entusiasmar a las multitudes. Un nuevo mundo, una copia de nuestra querida Tierra a nuestro alcance, a un segundo de viaje. Veremos otra vez el mundo tal como era antes de la aparición del hombre, intacto, sin mancillar, con todos sus fabulosos recursos energéticos y mineros intactos.

Ahora, decía Arenas, la humanidad tiene una nueva oportunidad de hacerlo todo bien, sin fallo alguno. Nada de ciudades que nos opriman, nada de despilfarrar los bienes que se nos entregan…, etc, etc.

—Fue hábil, debemos reconocerlo —dijo el general—. Se movió con astucia y se hizo imprescindible. Las Naciones Unidas le nombraron ciudadano predilecto del mundo y los jefes de Estado se sentían honrados de estrechar su mano. Ahora, los políticos que quedan se sentirían felices si pudieran volarle la cabeza de un tiro.

Pero todavía nos es útil, Carter. Arenas aún conserva conocimientos que precisamos para poder salvar los restos que aún resisten a los antiters. No seré yo quien le haga daño, pero si cae en poder de la chusma no moveré un dedo por salvarle.

—¿Por qué no se ha marchado al otro lado?

—Ha tenido infinitas oportunidades —contestó Gardner encogiéndose de hombros—. Tal vez algún rastro de honradez le impida abandonar el barco que se hunde. Quiere ser el último en saltar, pero estoy seguro que no pretende hundirse con él. Además, intentará redimirse ahora.

—¿Cómo?

—Impidiendo que los antiters descubran el medio de seguirnos a Tierra Dos.

—¿Por qué habrían de ir detrás nuestro? Ellos querían este mundo. Se lo dejamos.

—¿Qué mundo, Carter? Los antiters huían del suyo porque estaba podrido. Cuando intentaron la primera invasión aún el nuestro estaba aceptable, pero ahora no vale un centavo.

Tom miró la hora. Faltaban pocas para que volvieran a reunirse con la intención de ultimar los pormenores del plan.

—Deberías dormir un rato —dijo al general.

—No podría conciliar el sueño —sacó una cajita de latón y tomó dos delgados cigarrillos. Preguntó a Tom si quería uno y no disimuló un suspiro de alivio cuando éste lo rechazó. Lo encendió despacio y exhaló una pequeña bocanada—. Prefiero conversar contigo. Tu presencia me devuelve a los primeros tiempos, cuando te elegí para hacer el primer viaje a Tierra Dos, junto con Preston.

—¿Por qué me dieron a mí el cinturón original y a Preston uno de los fabricados bajo la supervisión de Arenas?

—Se sorteó. Pero apenas había peligro para Preston, la verdad. Queríamos saber si nosotros estábamos capacitados para fabricarlos. Ten en cuenta que por aquella fecha aún nos movíamos en tinieblas. Apenas sabíamos nada.

—Claro. Tampoco sabía el Comité que Arenas no se encontró a los antiters muertos, sino que él los mató.

—Arenas sólo contó desde el primer momento lo que le interesó. Pero le creo cuando afirma que no quiso realmente matar a los viajeros dimensionales. Estaba de caza por las montañas cuando vio aparecer en el aire, a pocos metros de él, a dos tipos vestidos de plata, con cascos que le ocultaban el rostro. La escopeta de caza disparó y voló las cabezas. Luego destruyó los cuerpos después de quitarles los cinturones.

—Tal vez hubiera sido mejor que el disparo hubiese dado en las barrigas de esos dos. Así habrían desaparecido los malditos cinturones.

—No sé ya, qué hubiera sido mejor para nosotros, para la Tierra. Pero Arenas sólo salvó los cinturones porque le llamó la atención su gran tamaño y pequeños alojamientos adosados.

»Durante muchos meses los estudió en su pequeño estudio. Ni siquiera contestó a las llamadas de la Universidad donde trabajaba como adjunto. La carta con el despido ni la abrió.

»Sin embargo, cuando se presentó con los cinturones y afirmó que con ellos se podría viajar a otro mundo, a otra dimensión, estuvo a punto de ser encerrado en un manicomio. Pero su historia era tan increíble que no había más remedio que creerla. Claro que los materiales con que estaban hechos los cinturones fue lo único que obligó al equipo científico de la ONU a darle crédito.

—La gran suerte de Arenas para no prescindir de él fue que era el único que conocía cómo adaptar los cinturones a cada persona para que funcionasen —masculló Tom—. El día de la prueba, todos pensábamos que íbamos a ir al mundo de donde procedían sus dueños.

—Fue una sorpresa general que fuera otra Tierra, ¿no…?

—Si entonces no pude explicármelo, tampoco ahora.

—Los antiters estaban explorando sus mundos vecinos. Al

parecer desde una de las miles de Tierras que componen la cadena sólo puede saltarse a otra. Nada más. En reversa, el cinturón hace volver al viajero a su punto de origen. Debe tratarse de algo relacionado con la misma constitución física. Digamos que los antiters están a nuestra espalda y nosotros tenemos a Tierra Dos delante de nuestras narices. Podemos ir hacia delante, nunca hacia atrás. Los antiters pueden llegar hasta aquí, pero no saltarnos y alcanzar Tierra Dos. Así de sencillo.

—Pero Arenas pudo adaptar una vez los cinturones de los antiters muertos. ¿Por qué afirma que no pueden volver a ser readaptados?

—Un antiters podría usar un cinturón de fabricación terrestre y después de adaptarlo a su personalidad ir a Tierra Dos, pero nunca hacerlo con uno propio, haciendo escala en la Tierra previamente.

Tom miró la cara cansada del general.

—¿Por eso existe ahora el peligro de que los antiters usen como trampolín este mundo y vayan a Tierra Dos?

—Sí, parece que así es. Los antiters debieron capturar a algunos terrestres que estaban a punto de marcharse como colonos a Tierra Dos. Hasta entonces no sabían nada del éxodo de nuestra población impulsada por su presión bélica. Creo que hasta entonces no concebían más mundos paralelos después del nuestro.

—Esta situación es de locura —dijo Tom—. No comprendo cómo no se ha podido detener la guerra, llegar a un acuerdo con los antiters.

—¿Qué sabemos de ellos? —El general se alzó de hombros—. Sólo que son humanos, de un color neutro en su piel, como si todas las razas en su mundo se hubieran mezclado. Son más altos que nosotros y su mentalidad difiere en exceso de la nuestra. Están obsesionados con abandonar su mundo, mucho más evolucionado que el nuestro y agotado totalmente, con una atmósfera irrespirable. Están desesperados. Es posible que piensen que nunca les daremos cobijo. Son demasiados millones para poderlos alojar con nuestro consentimiento.

—Pero nunca intentaron dialogar con nosotros… El general sonrió levemente.

—Tal vez sean inteligentes y comprendan que es del todo imposible llegar a un entendimiento con nosotros. Debieron haber

estado estudiándonos desde hace tiempo. Arenas sólo se encontró con una de las muchas parejas de exploración que desde hace años estaban observándonos, preparándolo todo para la invasión. ¿Por qué no nos ponemos en su lugar? Ellos vieron un mundo dividido, en el cual más de la mitad de la población pasa hambre mientras que una minoría despilfarra la riqueza. Ante este panorama es fácil llegar a la conclusión que nosotros nunca los hubiéramos recibido con cordialidad, ¿no?

—Tienes razón. General, ¿sabes que nunca me expliqué por qué Arenas nunca pensó en decir que él había inventado los cinturones? ¿Por qué desechó esa gloria? Desde el primer momento dijo que pertenecían a seres que vivían en otra dimensión y que él encontró por medio de un golpe de suerte. —Demonios, Tom. Nadie hubiera dado crédito a sus palabras si hubiera pretendido nacerse pasar por el inventor. ¿Cómo demostrar un material que no existía aquí?

Tom, sonrió tímidamente.

—Tienes razón, general.

—Estás deseando volver, ¿verdad, Tom?

—¿Eh? Es la pregunta más tonta que he escuchado en mi vida. ¡Claro que quiero volver! ¿Quién no en mi lugar?

—Eres uno de los afortunados al haberte convertido en residente de Tierra Dos.

—Supongo que fue por haber sido uno de los que primero explotaron el nuevo mundo —sonrió con sarcasmo—. Por supuesto que no pudieron darme una mejor recompensa.

—Eso se lo debes a Arenas.

Tom abrió desmesuradamente los ojos.

—¿A Julio Arenas? Nunca me lo hubiera imaginado, entonces tendré que demostrarle mi agradecimiento cuidando de él. Durante algún tiempo vamos a estar juntos y él no me parece en condiciones de velar por su propia seguridad. Lo veo demasiado bajo de moral.

El general aplastó la corta colilla sobre un cenicero.

—Eso quiere decir que estás dispuesto a aceptar, ¿no…? Tom se encogió de hombros.

—No tengo otro remedio tal como se han puesto las cosas. Comprenderás, general, que no quiero despertarme un día en tierra Dos viendo a los antiters merodeando mi jardín.

—¿Sólo por eso?

—No sería sincero si te quisiera afirmar lo contrario.

—Te comprendo. Debí pensar que habías llegado a esa conclusión. Un inconsciente hubiera apretado el dispositivo del cinturón y regresado en un santiamén al otro lado.

¿Quién hubiera podido detenerte?

Tom se sonrió al palparse el cinturón. No se había querido desprender de él. Había dormido con él puesto, con las manos encima.

—Sin embargo, el mensajero que me entregó vuestro aviso volvió a este infierno. Al no quedarse allí me hizo pensar que aún seguís utilizando a la familia como rehén para que vuelvan.

—Oh, no. Nada de eso. Los últimos casos constituyeron estrepitosos fracasos. Algunos amantes padres de familia dejaron aquí mujer e hijos, olvidándose de ellos. Seguramente estarán escondidos en los bosques de Tierra Dos esperando un tiempo suficiente para darse a conocer.

—Nosotros no solemos tomar represalias contra los que se niegan a volver…

—Precisamente por eso hemos cambiado los métodos. Ahora les colocamos unas bombas de tiempo que hacen explosión en quince minutos o una hora, según el período que les calculamos para que ejecuten su misión. Sólo nosotros podemos desactivarlas. Así, tienen que volver. Claro que también colocamos un seguro en su cinturón que hace estallar la carga si pretenden quitárselos una vez en Tierra Dos.

Tom apretó los labios.

—Increíblemente diabólico.

—No tenemos otra alternativa. En caso contrario nos quedaríamos sin mensajeros, ya que la transmisión radial entre ambos mundos es imposible…

Tom iba a replicar cuando todo el subterráneo pareció temblar. Llegó a resbalar de la silla, se agarró a la mesa y la volcó. El general se inclinó sobre su rodilla derecha, se enderezó enseguida y gritó:

—Es un ataque. —Cogió sus armas de encima de la cama, así como el traje plastificado, la máscara, gafas y filtros—. Coge tus pertenencias, muchacho.

—¿Por qué?

—Es posible que se hayan producido filtraciones y la atmósfera

exterior esté penetrando en los túneles. ¡Obedece!

Tom había aprendido a hacer caso a los expertos supervivientes de la Tierra. Agarró su maletín y en menos de dos minutos estuvo vestido de igual forma como llegó y fue salvado por los disparos de quien le estaba esperando.

Salieron al pasillo y se lo encontraron inundado de polvo.

—Han debido destrozar el ala número 21. Allí había material de construcción. No te asustes. Este polvo es sólo yeso almacenado. Vamos a buscar a los otros. ¿Tienes algún arma?

Tom negó con la cabeza y el general le entregó una pistola y varios cargadores. Corrieron por el pasillo. El humo y polvo se hicieron menos espesos. Se cruzaron con pelotones de soldados que corrían en dirección contraria, armados y vistiendo los pesados trajes de combate. Un oficial se detuvo un momento al lado del general y le dijo:

—Es un ataque en toda la regla, señor. Parece que han entrado a cientos por una grieta agrandada, ya vieja, en la parte sudeste.

El general asintió, les animó y luego empujó a Tom.

—Algo parecido me estaba esperando que sucediera en cualquier momento, Tom. Era seguro que los antiters volviesen a rematar su obra. Esta posición les impide seguir el avance hasta el sur, en donde deberán reunirse con su ofensiva lateral. Sólo por esperarte a ti hemos esperado…

—Hay muchas tropas… Al parecer la moral es alta.

—¿Por qué lo dices?

—Todo el mundo se apresta a la lucha; no en huir.

—¿Quién puede huir de los antiters? Ellos hacen magníficos soldados porque los nuestros saben que no admiten prisioneros. Tienen que luchar hasta morir.

Cuando doblaron el corredor ya estaban con el equipo completo. Tuvieron que volver porque el paso estaba obstruido por los escombros. Tomaron un camino lateral y llegaron al almacén. Allí les salió al encuentro el doctor Gibson y la profesora Forrest. Les hicieron señas para que subieran a un vehículo con el motor en marcha. Dentro ya estaba, además, del conductor, Julio Arenas. A Tom le costó mucho esfuerzo reconocerlo detrás de su filtrador de aire y gafas oscuras.

CAPITULO IV

Arenas estaba temblando. ¿De miedo?, se preguntó Tom sentándose a su lado.

—Algún día tenemos que averiguar cómo modificar los puntos de aparición. Es un peligro que alguien salte de Tierra Dos y tenga que aparecer en este planeta en el mismo sitio físico de su gemelo.

Tom, molesto, replicó:

—¿Por qué no me pidieron por medio del mensaje que viajara unos kilómetros en Tierra Dos hasta situarme en un lugar lejos de éste? A mí tampoco me hace gracia verme en medio de este jaleo…

Se cerraron las puertas con estrépito y el conductor soltó el embrague. El camión blindado se deslizó por entre pelotones de soldados que corrían a taponar los huecos por los que atacaban los antiters. Tom se preguntó si aquellos muchachos tenían alguna esperanza de salir de aquel agujero. ¿Acaso no veían cómo sus jefes los estaban abandonando?

El camión se introdujo por un oscuro túnel y el conductor encendió los potentes faros. No podían ir más velozmente porque el espacio era muy justo. En más de una ocasión las paredes metálicas del vehículo rozaron las rocas.

—¿Adónde vamos? —preguntó Tom queriendo ver más allá de donde alcanzaban las luces.

—Lejos. Ésta es una antigua mina. Saldremos a unos veinte kilómetros. Allí estaremos seguros.

Tom miró al general, que le había respondido, espetándole:

—¿Qué pasa con el plan? ¿Cuándo decidiremos algo?

June Forrest y Gibson soltaron imprecaciones desde el fondo del camión. Arenas gimió y el general soltó:

—Maldición, Tom. ¿Cómo podemos pensar en estos momentos? Esperábamos el ataque antiter, es cierto; pero no tan pronto.

—Pero existe un plan, ¿no?

—Todo está en una densa nebulosa. Sólo sabemos que los antiters están pensando en saltar a Tierra Dos por la sencilla razón que este planeta está dejando de interesarles.

—Pues debieron haberlo pensado antes de arrasarlo.

—No debieron pensar que encontrarían una resistencia tan grande.

—¿No? ¿De qué les ha valido tantos años espiándonos? ¿Acaso pensaron que nos íbamos a cruzar de brazos mientras nos echaban de nuestro suelo?

—¿Quién entiende a esa gente? —exclamó el general—. Si al menos en estos años hubiéramos conseguido mantener vivo un prisionero antiter… Pero se aniquilaban apenas se veían en peligro. Nunca hemos podido iniciar un diálogo, establecer una tregua. Los antiters atacaban e iban conquistando terreno.

—Fue un error demostrarles que no estábamos dispuestos a concederles un metro del terreno que conquistaban —dijo la profesora.

—¿Sí? ¿Qué podíamos hacer? ¿Cómo saber cuánto territorio querían? Lo más fácil era pensar que lo querían todo, destruirnos a todos los terrestres. Ya había muerto demasiada gente para llegar a un entendimiento. Los odios eran enormes; imposible un armisticio. Así quemamos cada kilómetro cuadrado que conquistaban, para que no les sirviera de nada. Ellos entonces empezaron a desarrollar una guerra de aniquilación. Y la escalada aumentaba a cada instante.

»Ahora han debido llegar a la conclusión que si algún día consiguen conquistar la Tierra no les servirá de nada. Si ellos proceden de un mundo que han asolado con sus guerras o desarrollo salvaje se van a encontrar con algo igual o peor.

Tom iba a preguntar qué demonios esperaban conseguir entonces cuando el camión surgió a la luz plomiza del día. Cruzaron un bosque calcinado, cubierto el terreno de ceniza negra.

—¿Dónde estamos…? —interrogó Tom mirando con aprensión el desolado paisaje.

—Al este de la batalla —dijo el conductor señalando hacia atrás con su pulgar.

—Vamos a entrar en la nueva línea defensiva. Nos estuvimos retirando desde hace días.

—Retirada, retirada —gruñó Gibson—. He olvidado la última

vez que comenzamos una ofensiva. Unas semanas más y nos lanzarán al mar. Al otro lado, nuestros amigos americanos están replegándose en el cono sur. Dentro de poco empezarán a tiritar de frío cuando tengan que saltar a la Antártida.

El camión salió del bosque y empezó a pasar por entre unos bloques de hormigón. El conductor disminuyó la marcha y empezó a maldecir.

—¿Qué pasa? —preguntó el general medio incorporándose del asiento.

—Han atacado también este sector, señor.

Tom miró por la ventanilla de grueso cristal. De las casamatas salía humo negro. Algunas estaban destrozadas y se veían soldados muertos alrededor de ellas.

De súbito surgieron unos hombres delante de ellos. Sus equipos de combate estaban sucios y medio rotos. Une de ellos alzó una mano. No tenía gafas oscuras y sus entornados ojos estaban enrojecidos.

Se acercó hasta la cabina y saltó, agarrándose al espejo retrovisor. Sobre su casco se veía la insignia de teniente.

—Déjennos entrar. —Y movió significativamente la metralleta.

Los viajeros se pusieron tensos, viendo cómo los demás soldados rodeaban amenazadoramente el camión.

El general dijo:

—Teniente, ¿qué ha pasado?

—Nos fulminaron hace unas horas. El mando no pudo avisar a las defensas del otro lado. ¿Vienen ustedes de allí?

—Sí. Nos están atacando ahora.

—Pues antes nos sorprendieron a nosotros —el oficial hizo una mueca de desesperación y sus ojos lloraron a consecuencia del aire caliente—: Están empleando una táctica nueva. Primero la segunda línea y luego la vanguardia. Y emplean algo que impide las comunicaciones por radio. Vamos, déjenos entrar y vayamos lejos de aquí. Se dice que hay otro puesto de mando a unos treinta kilómetros. Allí están llegando refuerzos de África.

Tom se preguntó cómo iba a entrar tanta gente. Ellos apenas cabían. El general sonrió y dijo mientras trasteaba bajo el tablero:

—Cuide sus ojos, teniente. Le daré un par de gafas o se quedará ciego…

Pero el general no sacó las gafas, sino una metralleta, que pasó por delante del pecho del conductor, disparando una ráfaga contra el oficial, quien saltó hacia atrás, cayendo de espaldas.

—¡Adelante! —gritó Gardner al conductor, volviéndose para disparar por la otra ventanilla.

Habían conseguido sorprender a los soldados. Mientras el camión arrancaba violentamente, varios hombres cayeron atravesados por la segunda ráfaga. Cuando empezaron a dispararles el camión estaba doblando por entré unos muros de hormigón.

Tom había empuñado la pistola, dispuesto a ayudar al general a defender aquel medio que podía sacarlos de aquel nuevo infierno en el que habían entrado cuando pensaban que iban a encontrarse a salvo, al menos de momento.

—Se han vuelto todos locos —mascullό el general dejando la metralleta bajo sus pies.

—¿Quién puede culparlos? —dijo Tom—. Dentro de poco estarán rodeados. Los antiters no se dejan coger prisioneros, pero tampoco los admiten.

Pasaron entre las defensas destruidas. El ataque debió haber sido feroz y rápido. El enemigo, con toda seguridad, empleó enormes medios para destrozar las líneas fortificadas. Los terrestres no debieron de gozar de muchas oportunidades para reaccionar.

—Han tenido que hacerlo todo en menos de dos horas —dijo June—. Apenas terminaron aquí dirigieron sus armas hacia la vieja posición que hemos dejado y estábamos evacuando. Esos perros están desesperados.

—No tanto como nosotros…

—¿Quién lo sabe? No quieren darnos la menor oportunidad de seguir quemando el terreno que conquistan con tanto esfuerzo.

—General, ¿dónde está el cuartel general que habló el teniente?

—Sigue hacia el este, muchacho —replicó Gardner al conductor. Se quitó por unos segundos el respirador y las gafas y se limpió el rostro, lleno de sudor y polvo.

Tom pensó que el general tenía pocas esperanzas de alcanzar las líneas amigas. El camión avanzaba por un camino infernal. Varias veces tuvieron que dar la vuelta porque los escombros impedían seguir adelante. Cuando el contador geiger empezó a repiquetear, subieron las defensas de plomo de las ventanillas y el conductor

empezó a mirar por la estrecha rendija de plomo transparente.

Empezaron a escucharse sordas explosiones, que a medida que seguían avanzando aumentaban de potencia.

—No son obuses antiters, sino nuestros —dijo el general.

—¿Acaso pretende seguir? —preguntó Tom.

Observó al general. Comprendió que no sabía qué decidir. De todas formas estaban en un buen aprieto. Detrás, los antiters estaban amenazando con iniciar otra vez la ofensiva. Delante, los terrestres querían tomar la iniciativa, detener el avance imparable enemigo y pasar al ataque. En medio,' ellos dentro de un camión blindado, llenos de miedo y sin saber qué camino debían tomar.

El conductor había frenado en el momento justo que una ensordecedora explosión pareció alzar en el aire al camión, volcándolo.

Tom sintió el delgado cuerpo de la profesora sobre él, la empujó y se abrió paso. June Forrest estaba inerte. Retiró la mano de ella caliente con la sangre de su frágil cuerpo. Escuchó gimotear a Arenas y entonces vio que el general abría de una patada la puerta de la cabina. Una nube de polvo entró en el camión.

Al saltar el general, Tom le siguió y le vio cojear de la pierna derecha. Antes de bajar, Tom observó que el conductor tenía el cuello roto y el volante incrustado en el pecho. Una mano surgió del fondo y tiró de ella. Apareció Arenas, con las gafas rotas. Varios cristales se habían incrustado en la frente, pero había salvado los ojos.

Cuando estuvieron fuera, el doctor Gibson gritó desde el interior del camión. Tom se encaramó en la cabina y eché una mirada.

El doctor estaba bien atrapado entre los asientos. Mientras lo miraba dejó de moverse. Había muerto.

Apenas volvió a pisar el sucio terreno cuando otros obuses cayeron cerca y se arrojó al suelo. Al pasar la ráfaga de aire hirviendo sobre su cabeza se alzó y miró a sus compañeros. El general se había quitado el respirador porque no debía funcionarle. Le miró compasivo. Sin él no duraría mucho allí. En realidad, no durarían apenas unos minutos ninguno de los tres. Tenían los trajes rotos y hasta el último momento el indicador de radiactividad había señalado que el índice era mortal.

Tom se palpó el cinturón y respiró aliviado al comprobar que no

había sufrido daño.

¿Qué podía retenerle ya allí?

Rozó el activador. Con sólo apretarlo se encontraría a salvo en un lugar donde el aire era limpio y el sol lucía con toda su intensidad, sin aquellas nubes mortales que lo opacaran.

Arenas se arrastró un metro por el suelo. Su impermeable dejó ver su cinturón. Un cinturón genuino, como el de Tom. Externamente eran iguales a los que se fabricaban o se habían estado fabricando en la Tierra El general se acercó cojeando. Con el rostro crispado por el dolor. La pierna le colgaba de forma rara. Podía estar rota.

—Tom…

Carter le miró, sin dejar de apartar su mano del activador de su cinturón.

—Tenemos que irnos…

Arenas se alzó un poco y abrió la boca, jadeante. Aunque tenía el respirador no debía funcionarle muy bien.

—No, yo no —dijo Arenas.

—Por mí puedes pudrirte aquí —gritó Tom.

—Sólo por escapar momentáneamente, Julio —dijo el general—. Volveremos.

—¿Volver? —gritó Tom—. Ésta es la última vez que estoy en el infierno. Ya es suficiente… No habrá fuerza para obligarme a regresar.

Mientras apretaba el cinturón vio que los dos rostros que le miraban expresaban pensamientos distintos.

El general parecía recriminarle, mientras que Arenas dudaba aún lo que hacer.

—Al infierno —susurró Tom dejándolos de ver.

Al segundo siguiente estaba sobre un prado, cerca de un bosque verde y brillante al sol del atardecer. Aspiró el aire limpio. No le importó pensar que debía estar a unos cincuenta kilómetros de su hogar. Aunque caminase un millón de años no le importaba.

Emprendió el camino alegre, olvidando el cansancio.

Ni una vez volvió la mirada para comprobar si el general y Arenas le habían seguido.

CAPITULO V

Durante una semana Tom no fue a trabajar. Le resultó fácil justificarse. Janette había llevado la orden escrita del mensajero a la Administración. Era suficiente para disculparle.

Un hombre que es ordenado a ir a la Tierra, permanecer allí dos días completos, bien merece un descanso.

Tom sólo tuvo que caminar unos kilómetros, hasta alcanzar la carretera en construcción. Más adelante detuvo un camión que se dirigía hacia su distrito. El chófer no resultó un tipo curioso, lo que le ahorró explicaciones, aunque en distintas veces le dirigiera miradas furtivas a sus ropas tan sucias y el cinturón.

Janette le recibió en la entrada. Lo había visto llegar por el sendero. Durante un largo minuto estuvo abrazada a él, llorando. Luego le condujo al baño y le ayudó a quitarse la suciedad. Una vez en la cama le besó ligeramente y le dejó dormir.

Tom no salió de casa. El primer día lo dedicó a redactar el informe y lo envió a Administración. Eran tres folios de apretada escritura.

Janette sólo le hizo las preguntas imprescindibles y él contestó parcamente a la mitad. Ella comprendió enseguida que no tenía el menor deseo de hablar de lo sucedido al otro lado.

Veía a Tom tomar el sol sentado junto a la puerta, fumar incansablemente y mirar sin cesar el horizonte.

Al octavo día llegó Preston. Tom estaba en el interior de la casa y Janette le abrió la puerta.

—Hola, Janette. ¿Puedo ver a Tom?

—Sí, claro. Pasa. Está terminando de afeitarse.

Preston se sentó en una de las butacas del pequeño saloncito y rechazó con una sonrisa una taza de café.

—¿Visita de vecindad, Preston? —inquirió Janette mirando al otro lado de la ventana.

Preston negó con la cabeza. Janette se volvió, empezó a abrir la boca para preguntarle algo, pero la entrada de Tom le obligó a cerrarla y salir de la habitación con el ceño fruncido.

—Buenos días, Tom —saludó Preston estrechando la mano a su amigo. Tom sonrió levemente y tomó asiento a su lado.

—¿Te han elegido a ti?

—Has adivinado muy pronto que me envía el administrador.

—En realidad han tardado demasiado.

—Me enteré de tu regreso al día siguiente de enviar el informe a Administración. No quise venir antes porque pensé que si tú querías me habrías llamado.

—¿Leíste el informe?

—Sí.

—¿Qué quiere el administrador ahora? Siempre tuve la duda si lo había expuesto todo.

—El general Gardner y Julio Arenas están aquí.

—Es lógico. Pero tardaron mucho en seguirme.

—Creo que apenas unos minutos. Es que tú corrías demasiado.

—Estaba deseando llegar a casa y dormir.

—En Administración decidieron darte un descanso antes de enviarme a mí.

—¿Qué pasa?

—Vamos, Tom. No quieres encerrarte en tu cárcel de cristal. ¿Cuándo pensabas volver a tu trabajo?

—Me temo que aún no estoy en condiciones —respondió Tom sin mirarle.

—No podemos esperar más. Tom se revolvió furioso.

—Hice caso al mensajero porque era una orden qué estaba por encima de las decisiones de Administración. Tengo derecho a un descanso de un mes después de mi misión en el otro lado.

—Pueden enviar médicos. Lo sabes. Te están esperando.

—No volveré…

—Nadie ha hablado de volver, Tom. Pero hay que decidir lo que es preciso hacer.

—Debí destrozar mi cinturón…

—¿Por qué no lo has hecho? Tom se encogió de hombros.

—Yo puedo responderte, Tom —dijo Preston muy serio—. Te conozco y sé que no eres de los que se quedan quietos cuando ven

que el fuego se acerca. No eres de los que pretenden saber si su casa está en el camino, sino que sales a atajarle.

—¿Tú crees? —Tom sonrió con soma—. Los hombres cambian. Debiste haber visto lo que pasa al otro lado. Aquello ha quedado perdido. ¿Acaso han llegado más gentes desde hace una semana?

—Nadie. Pero debes venir conmigo. Es una orden.

Janette apareció. Llevaba la chaqueta de cuero de Tom entre las manos, apretada muy fuertemente.

Tom la miró y se levantó muy despacio, dejando que su mujer le ayudase a ponérsela.

* * *

Tom bajó la mirada cuando el hombre levantó la sábana que cubría el cadáver.

No era el primer antiter muerto que veía en su vida. Sin embargo, se estremeció. Sí era el primer antiter que veía en Tierra Dos.

—¿Cómo murió? —preguntó al no ver ninguna herida externa en aquel cuerpo, de piel oscura, esbelto y alto.

—Lo encontraron en el distrito 15. Cayó por un barranco al huir y se mató. Aún están buscando a su acompañante —respondió el general. No vestía su uniforme militar y Tom lo encontró extraño dentro del traje de civil.

—¿Es que hay otro? ¿Una invasión?

—No se trata de ninguna invasión —dijo Preston.

El administrador hizo un gesto y el hombre volvió a cubrir el cadáver, empujando la caja al interior del frigorífico. Luego, dijo:

—Vengan a mi despacho. Allí estaremos más cómodos.

Salieron del depósito de cadáveres, cruzaron la amplia calle de lo que algún día sería una gran ciudad y penetraron en una casa prefabricada. En la puerta vigilaba un hombre que saludó militarmente al administrador Douglas. También vestía de civil, y aunque no llevaba arma visible, Tom sabía que estaba armado.

El administrador les condujo a su despacho. Douglas era también arquitecto y en un rincón había una mesa de dibujo. Tomaron asiento en silencio, un silencio pesado.

—Si no es una invasión la presencia de antiters en Tierra Dos, ¿cómo lo llaman? —preguntó Tom cruzando las piernas.

El general tomó un cinturón de encima de un estante y lo puso sobre la mesa del administrador, diciendo:

—Éste es el cinturón que llevaba encima el antiter que has visto, Tom. Míralo bien. Tom lo tomó entre sus manos. No necesitó mucho tiempo para decir:

—Está fabricado por nosotros.

—Así es. Los antiters se han apoderado de alguna partida recién salida del laboratorio que estaba a punto de entregarse a futuros colonos. Tal vez fueron los últimos que los nuestros consiguieron fabricar al otro lado.

»Los antiters, como sabes, no pueden llegar hasta Tierra Dos con sus propios cinturones, pero sí con los nuestros cuando los adaptan a los cuerpos de sus hombres.

Tom palideció.

Aunque en la Tierra le habían dicho que los antiters conocían que los terrestres estaban huyendo de ellos dirigiéndose hacia otro mundo paralelo, siempre pensó que les sería difícil dar con las coordenadas. Con toda seguridad pasarían de largo o se quedarían cortos, llegando a otro mundo igual, peor o mejor que el que ellos estaban colonizando.

Pero ahora tenía delante suyo la evidencia que ni aun allí, en el mundo llamado Tierra Dos, se encontrarían a salvo del peligro que estaba destruyendo el mundo que habían dejado al otro lado y en donde los supervivientes aún podían seguir combatiendo sin la menor esperanza de salvación o encontrar un pasaje a Tierra Dos.

Devolvió el cinturón.

—De todas formas no habrán podido hacerse con muchos cinturones. La invasión es problemática…

—Tú nunca nos creíste cuando te dijimos en el refugio que Tierra Dos también está en peligro —le recriminó el general.

—Tal vez no lo quise creer —admitió Tom enrojeciendo.

—Pero el peligro de invasión armada existe, señor Carter —dijo el administrador guardando el cinturón—. No inmediato, pero sí puede producirse en un plano no demasiado lejos. El tiempo que los antiters precisen para fabricarlos en serie y dotar un nuevo ejército de invasión.

—Aún deben estar muy ocupados en terminar de conquistar la Tierra, ¿no? Sus interlocutores le miraron sorprendidos y Tom se apresuró a agregar:

—Quiero decir que aún tenemos tiempo para actuar, ¿no? Aquí no disponemos de armas apenas para detenerlos.

Preston respiró aliviado y luego suspiró.

—Así me gusta oírte hablar, amigo —dijo.

—¿Qué piensas que podemos hacer señor Carter?

—Arenas dijo que él y yo tenemos dos cinturones antiters, los originales que él encontró hace años. ¿Qué pretendía hacer?

—Bueno, la idea fue mía —dijo el general—. En la Tierra siempre constituyó un fracaso intentar dialogar con los antiters. No sabemos nada de su mundo. ¿Por qué hemos perdido tanto tiempo?

—Arenas fue el culpable —dijo Preston—. Si él hubiera dicho que podía reconvertir los cinturones originales para ir al mundo antiters hubiéramos podido cambiar el curso de la guerra, llevarla al origen de la invasión.

—Pero calló porque no estaba dispuesto a renunciar a su gloria de haber proporcionado a la humanidad un nuevo mundo —masculló Tom.

—Exacto. Pero ya es inútil lamentarse. Existen muchas incógnitas, señores. Por ejemplo, ¿cuáles son las reservas con que cuentan los antiters? ¿Qué medios humanos y materiales disponen? Sería interesante averiguarlo. Durante años han estado enviando a la Tierra hombres y material, han sufrido bajas enormes, casi mayores que nuestros ejércitos, aunque muy inferiores a las padecidas por la población civil.

Tom entornó los ojos.

—¿Insinúa que su plan es enviamos a Arenas y a mí al mundo antiter? Es una locura…

—Es posible. Pero ¿puede idear otro plan?

—Explíqueme usted qué ventajas obtendríamos —le preguntó Tom al administrador—. En el caso que regresemos con información, claro.

—Confiemos que los antiters estén casi tan agotados como nuestros ejércitos que aún combaten en la Tierra. Si podemos infundir a las tropas que luchan que hay esperanza de detenerlos e incluso llevar la destrucción a su mundo sería vital. Significaría

ganar tiempo, darles nuevos ánimos para luchar. Aún podemos fabricar cinturones con que dotar un ejército, no muy numeroso, de invasión a Antiter, Eso desmoralizaría al enemigo y anularía su plan de trasladar la invasión a Tierra Dos.

—En la Tierra no pueden fabricar ni un alfiler ya —gruñó Tom —. ¿No es cierto, general?

—Pero aquí sí estamos ya en condiciones de hacerlos.

—¿Cómo es posible?

—Tú nunca has estado metido en los departamentos mineros ni de investigación, Tom, sino en la burocracia —sonrió el general—. Al llegar aquí me dieron buenas noticias de los avances que conseguís con los escasos medios que se enviaron desde la tierra.

—Bueno, el señor Carter sí sabía que era como un juego encontrar cualquier clase de mineral. Sólo teníamos que cavar en los mismos lugares que los había en la Tierra. El petróleo fluye incluso en los sitios donde una vez los hubo al otro lado y quedaron agotados. Aquí todas las reservas están intactas.

—Sí, en algún sitio leí hace tiempo los informes al respecto. Bien, supongamos que conseguimos construir unos miles de cinturones. ¿Pero encontraremos soldados en el otro lado para colocárselos y combatir en el mundo antiter?

—Allí no, Tom. Los soldados los tenemos aquí —dijo el general.

Tom iba a decir que les iba a resultar muy difícil encontrar voluntarios para combatir. Los que ya vivían en Tierra Dos estaban demasiado felices de haber sido afortunados llegando allí.

Pero recordó el peligro que se cernía sobre ellos. Horas antes hubiera golpeado a quien le hubiera sugerido que debía volver a la Tierra. Ahora, en cambio, le pedían que fuera al mundo antiter y estaba dispuesto a ello, por la sencilla razón que quería luchar por conservar lo que había ganado. Porque Janette, al menos, siguiera disponiendo de una casita al sol, con aire limpio y sin peligro alguno en su entorno.

Seguro que toda la población de Tierra Dos estaría dispuesta a luchar por conservar lo conquistado.

Sería fácil encontrar voluntarios. Incluso sobrarían. Habría más hombres que cinturones pudieran fabricar en algunas semanas.

Pensó en Janette. ¿Comprendería su esposa la situación y afrontaría con cierta valentía su marcha? Tendría que hacerlo.

Quedarse cruzados de brazos equivalía a ver en Tierra Dos, tarde o temprano, al secular enemigo.

—Está bien. Estudiemos el plan. ¿Servirán los cinturones?

—Sí. Usarán los que tienen ahora para ir a nuestro viejo mundo. Desde allí usarán una nueva tarjeta de programación para trasladarse a Antiter.

—Pero no sabemos las condiciones climatológicas que nos enfrentaremos en Antiter. ¿Cómo podremos movernos sin ser descubiertos?

—Usarán las ropas de los antiters que llegaron aquí como espías.

—Pero si sólo han podido capturar uno…

—El otro está cercado.

—Será un estúpido si se deja capturar. Cuando lo desee manipulará en su cinturón y escapará.

—No. Tenemos el otro cinturón. Lo perdió mientras huía.

—Entonces no esperemos más tiempo. Podemos duplicar las ropas de los antiters.

—No es tan fácil. Esos tipos llevan una especie de identificación en las muñecas. Esta pulsera —el administrador mostró un brazalete de acero con unos discos de color rojo—. Emite una radiación inocua que se detecta con un dispositivo alojado en otra pulsera. Al parecer, los antiters siempre temieron ser invadidos a su vez y adoptaron este sistema identificador. Por lo tanto, precisamos capturar al compañero del antiter muerto. Además, precisamos su equipo de supervivencia. Ya sospechábamos que en su mundo el ambiente no debe ser muy agradable, tal vez aún peor que actualmente está la Tierra, Tom asintió.

—¿Cuándo confían en capturar al otro antiter?

—Pronto —dijo el administrador—. Estamos dando una amplia batida donde nuestros hombres lo vieron por última vez.

—El sector 15 no está muy lejos de mi casa —murmuró Tom.

—Al parecer, huye en dirección contraria:

—No vi grupos por los alrededores.

—Estamos llevando la operación en secreto —dijo el general. Aún no queremos difundir la noticia. Pero no se preocupe. Al antiter no está armado.

—Tom, me gustaría poder adaptar el cinturón de Arenas a mi estructura atómica y acompañarte —dijo Preston.

—¿Cómo la primera vez que llegamos aquí? —preguntó Tom sonriendo.

—Sólo que no íbamos a encontrar algo tan agradable. Tom se volvió hacia el general.

—¿Dónde está Arenas?

—Recobrando fuerzas —dijo Gardner—. No llegó con muy buena salud. Ahora está en un lugar seguro. Por el momento no queremos que se conozca su situación. Mucha gente tuvo que dejar familia y amigos al otro lado y aún estima que Arenas ha sido el culpable de todo.

Tom asintió. Comprendía ahora a Arenas. Julio nunca tuvo muchos deseos en ir a Tierra Dos. ¿Porque sabía que allí no iba a encontrar muchos amigos? En realidad cada colono en Tierra Dos era un enemigo suyo.

Arenas fue envidiado y admirado, al mismo tiempo, durante los primeros tiempos de euforia. Cuando apenas se había iniciado la colonización de Tierra Dos y aparecieron los antiters en la esperanzada Tierra, surgiendo de su tenebroso y desconocido mundo, aquellos sentimientos se trocaron en ira y odio.

—¿Estará dispuesto cuando llegue el momento de la partida? ¿Y qué piensa? Confío que no se eche atrás.

El general miró largamente a Tom.

—Creo que se alegrará de salir de aquí.

—¿Por qué?

—Mira, muchacho. Para sacarle de las bombas que nos caían encima tuve que golpearlo. No quería escapar.

—¿Esquizofrenia?

—Algo parecido. Su mente no está sana. Estar aquí, en lo que él considera motivo emocional del odio que siente a su alrededor, le perturba. Para Arenas este paraíso es un infierno que siempre le recuerda que por haber abierto una puerta a otros mundos está desapareciendo el mundo donde nació.

CAPITULO VI

El camión dejó a Tom a un centenar de metros de su casa. Saludó a Preston que continuaba el viaje hasta el otro bloque urbanizado y observó unos segundos la carretera, hasta verlo desaparecer detrás de los árboles.

Luego recorrió la distancia hasta cruzar el pequeño jardín. Se sorprendió al escucharse silbar una vieja canción y gritó el nombre de Janette. Quería tranquilizarla cuanto antes. Seguro que su esposa se había quedado intranquila, con el profundo temor de que la llamada de Administración, por medio de Preston, sólo hubiera sido una escondida orden superior para hacerle volver a la Tierra.

Empujó la puerta y entró en el saloncito.

—Janette —llamó.

Abrió la puerta del dormitorio y encontró la cama revuelta; Frunció el ceño. Janette no solía dormir la siesta. Al volverse para ir hacia la cocina se quedó quieto en medio del saloncito.

Janette estaba saliendo de la cocina. Alguien la tenía cogida por el cuello, pasando el brazo por él, mientras que la otra mano sostenía uno de los cuchillos que él conocía muy bien.

El rostro de Janette estaba demudado. Al mover la cabeza y voltear su larga cabellera dejó al descubierto las facciones de la persona que la mantenía cogida y amenazada.

Se trataba de una mujer.

Tom no necesitó un segundo más para comprender que se trataba del antiter que estaban buscando en el sector vecino.

—No siga —dijo la mujer antiter—. Quédese donde está.

Tom no pudo reprimir un estremecimiento, vivamente sorprendido. Nadie le había dicho que los antiters hablasen algún idioma de la Tierra. El inglés de la mujer era áspero, pero perfectamente comprensible.

—¿Qué desea? —preguntó con voz estrangulada.

—Un arma. Me siguen.

—No tengo ningún arma en la casa. Deje a mi mujer libre y váyase.

El cuchillo, de afilada punta, se acercó al rostro de Janette. Ésta intentó alejar la mejilla rozada con el acero.

—Tómeselo con calma —dijo Tom. Se preguntó cómo debería tratar a la mujer para no ponerla nerviosa—. No quiero hacerle ningún daño. Le prometo que si suelta a mi mujer no intentaré detenerla.

—¡Un arma! —gritó la antiter.

Tom deglutió. La situación era delicada. ¿Cómo pensó que la mujer del otro mundo llegaría a creer en su promesa?

—Está bien. Tengo una pistola en ese cajón —dijo señalando una consola.

La antiter miró hacia allí y Janette interrogó con la mirada a su marido. Tom se limitó a mover la cintura, rogando que su mujer interpretase el gesto. Si no lo comprendía… De todas formas se preparó para saltar contra la antiter apenas abriese ésta el cajón y comprobase que allí no había ninguna pistola.

La mujer empujó a Janette y se acercó a la consola. Sin dejar de mirar a Tom abrió el cajón y empezó a buscar.

Janette aspiró hondo. Sus nalgas rozaban el cajón y sólo tuvo que hacer un movimiento rápido para cerrarlo violentamente.

La antiter lanzó un grito de dolor y Tom saltó sobre ella, agarrándola por las manos.

Dobló la muñeca y el cuchillo cayó al suelo. La mujer se revolvió furiosamente y golpeó a Tom entre las piernas, pero éste se había encogido y pudo esquivarlo. Sin pensarlo demasiado la golpeó con todas sus fuerzas.

Fueron varios golpes en la cara, en el pecho. La mujer se dobló sobre la cintura y Tom se libró de ella asestándole un golpe en el cuello. La antiter cayó sin sentido sobre una butaca.

Con rapidez, consciente que tenía a su alcance la posibilidad de mantener con vida un miembro de la Anti Tierra, Tom estudió la pulsera que llevaba la mujer en la muñeca derecha. Cuando descubrió el cierre se apoderó de ella y luego registró sus bolsillos, todo ante la mirada aún asustada y confusa de su esposa.

Tom sabía que los antiters nunca se entregaban prisioneros.

Preferían destruirse antes de permitirlo. A veces solían tomar un veneno que llevaban en la boca o bien se destruían mediante una explosión que actuaba de alguna manera desconocida.

—Por favor, Janette, ayúdame —pidió a su mujer.

—¿Qué tengo que buscar?

—No sé. Cualquier objeto que lleve esta mujer en su cuerpo.

Le abrió la boca y metió los dedos dentro. No halló ninguna cápsula. Mientras, Janette había registrado por todo el cuerpo, mirándole y moviendo negativamente la cabeza.

La antiter vestía unos pantalones holgados, sujetos por los tobillos dentro de las cañas de sus botas. La blusa, de fuerte tela, la había abierto Janette. Dos senos blancos y duros atrajeron la mirada de Tom. Su mujer cerró la cremallera de la blusa.

—Si tiene algún explosivo, tiene que llevarlo injertado —suspiró Tom. Entonces se acordó del susto que había padecido Janette y la tomó entre sus brazos. —Lo siento, cariño. No te he preguntado cómo te encuentras.

—No te preocupes. Lo comprendo.

—¿Qué pasó?

—Entró por una ventana, directamente en la cocina. Se apoderó del cuchillo y me amenazó con él. Entonces llegaste tú.

—Y me aseguraron que esta mujer había huido hacia el norte —rezongó Tom—. Se llevarán una sorpresa cuando vean que no se trata de un hombre.

Contó parte de lo que se había enterado en Administración.

—Hay que llamar al administrador —sugirió Janette.

—No hay prisa. Trae unas cuerdas. Esta mujer no tardará en volver en sí.

Mientras Janette salía a buscarlas, Tom estudió el rostro de la antiter. A pesar de la dureza de sus facciones tenía cierto atractivo. Su cuerpo era esbelto, bien formado, aunque un poco musculoso.

Ató las manos de la antiter por delante, asegurando los nudos a conciencia. Iba a hacer lo mismo con los tobillos cuando un gemido le hizo alzar la cabeza y ver que la mujer estaba volviendo en sí.

Unos ojos negros y grandes le miraron con odio. Tom soltó las cuerdas y se incorporó.

—No sabía que el enemigo hablase nuestro idioma —susurró Janette.

Tom sonrió levemente. Ahora que Janette lo había dicho, se daba cuenta del hecho. Aquello suponía un triunfo. No sólo había logrado apoderarse de un antiter, mantenerlo vivo, sino que sabía que hablaba como ellos. Se preguntó lo que harían en Administración con aquella mujer. Seguramente las batidas que estaban buscando no podían sospechar que ya estaba inmovilizada. Los hombres que andaban tras su pista sólo pretendían cogerla sin vida para apoderarse de la pulsera de identificación.

Soportó durante un instante la expresión furiosa de la mujer. Luego, lentamente, se sentó a su lado, en el sofá.

—¿Tiene sed? —preguntó—. Vamos, suponiendo que ustedes beban agua. ¿O toman sangre?

La mujer tardó en responder:

—No somos salvajes.

—¿No? ¿Cómo llamarían ustedes a los que invadieran su mundo, destrozándolo y no dando cuartel?

—Ustedes harían lo mismo si se hallaran en nuestras circunstancias.

Tom entornó los ojos. Aquel momento era trascendental. Después de tantos años de odiar al enemigo, de combatirlo, era la primera vez que un terrestre cambiaba impresiones con uno de ellos.

—¿Qué va a hacer conmigo? —preguntó la mujer. Tom se encogió de hombros.

—Tengo que dar cuenta a mis superiores, entregarla a ellos. En el rostro de la antiter se reflejó un profundo terror. —No haga eso…

—¿Qué debo hacer? —preguntó Tom con sarcasmo—. ¿Dejarla libre? La mujer bajó la cabeza.

—No sé cómo explicárselo… —susurró.

—Inténtelo. A propósito, ¿cómo se llama?

—¿Es importante?

—No. Sólo que quiero llamarla por algún nombre. Si no usan nombres deme su número de identificación.

—Me llamo Yhala Eunteslaiya.

—Será mejor llamarla sólo Yhala.

—¿Puede darme agua? —preguntó Yhala, débilmente—. Antes me la ofreció. ¿Era verdad?

Tom hizo un gesto a Janette, quien volvió de la cocina con un

vaso. Ella misma le puso el borde entre los labios de Yhala. La antiter bebió con avidez todo el contenido.

—Es buena. ¿Se dice gracias? —dijo, chasqueando la lengua—. En mi… En mi país no sé bebe ya agua así.

—¿Cómo aprendió nuestro idioma?

—Eso no importa.

—Creo que sí. Usted no debe ignorar que es la primera vez que un terrestre puede hablar con uno de los suyos.

—He sido preparada durante mucho tiempo para esta misión.

Los músculos de Tom se tensaron. Sabía que corría el riesgo de estropear la buena disposición de Yhala para conversar. Una pregunta profunda podría sumirla en el silencio.

—¿Quiere decir para continuar la invasión en este otro mundo?

Yhala apretó los labios con fuerza, dando a entender que no quería seguir hablando. Tom se alzó de hombros.

—Está bien. No puedo obligarla a hablar, pero le aseguro que otros lo conseguirán. Nuestros científicos han podido estudiar cientos de cadáveres antiters y sabemos que ustedes son tan humanos como nosotros. Por lo tanto, con ciertas drogas le soltarán la lengua. Claro que corren el riesgo de convertirla en un vegetal, porque cuando mis superiores le pongan la mano encima se pondrán nerviosos y no perderán el tiempo en medir la dosis.

Janette había tomado un suéter y dijo:

—Iré a la Administración. No debemos correr el riesgo de tenerla en casa.

—Siéntate, Janette —dijo Tom duramente. Luego, más suavemente, añadió—: Por favor. Creo que Yhala ha comprendido y hablará por su propia voluntad.

—¿Me dejarán marchar si le cuento todo lo que desea?

—No le prometo nada antes de enterarme. Después, juzgaré. Janette se despojó del suéter y se sentó frente a la antiter.

Yhala alzó las manos atadas, rogando con la mirada a Tom que la librase de las cuerdas. Pero Tom negó en silencio. Yhala suspiró y empezó a hablar.

* * *

Preston movió la cabeza y rió nerviosamente. Luego miro a su amigo.

—No tienes la menor garantía que esa mujer te haya contado la verdad, muchacho.

—Lo sé, pero la creo.

—¿Qué sabemos nosotros de esa gente? Nada. Nunca se pudo coger un antiter vivo. O se mataban o los destruían a distancia. Son unos salvajes que viven en un mundo igual al nuestro en otra dimensión que desencadenaron una guerra feroz de conquista. ¿Motivos? Para quedarse con nuestro mundo porque el suyo, por algo que aún no sabemos, no les sirve.

—Yhala ya lo ha contado.

—¿Pero es la verdad? Pueden existir mil versiones. Ella ha podido decirte la más conveniente para sus intereses que en este caso es burlarse de nosotros y regresar viva a la Anti Tierra con preciosa información.

—El proyecto de Administración es bueno, lo reconozco, pero porque no había otro. Pero ahora existe una posibilidad mejor.

—Debes entregar a esa mujer a Administración, Tom. Las cosas no están para tomárselas a broma. Te puedes buscar un buen lío. De hecho, ya me estás comprometiendo a mí. Mi deber sería correr a ver a Douglas y contárselo todo.

—Sé que no lo harás.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Mira, Preston. Yo te conozco. Nosotros fuimos los primeros en llegar aquí y explorar este mundo que ahora es nuestra única esperanza de supervivir Yo estoy dispuesto a ir al mundo antiter y convertirme en un espía. Cualquier cosa por conservar esto. Pero ahora existe una posibilidad mejor de solucionarlo todo.

Preston movió la cabeza dubitativamente.

—No sé. Han muerto demasiados millones. Cientos de millones. Eso no se puede olvidar.

—Sí, cuando hay una distancia de por medio. No hay razón para volvernos a encontrar.

—¿Y los medios?

—Por eso acudo a ti. Tenemos que apoderarnos de los cinturones que guardan, los que cogieron al antiter muerto y el que pertenece a Yhala, que perdió mientras huía.

—Los tiene el administrador…

—Sí. Creo que Arenas los está investigando a fondo. A nosotros no nos será fácil entrar en Administración.

—Estamos locos —sonrió Preston—. Si nos cogen nos llevarán al paredón. No olvides que estamos en guerra y nuestro delito puede ser considerado como subversivo.

—No se darán cuenta de nada. Además, cuando se lo cuente todo a Arenas, nos ayudará.

—¿Quién conoce las reacciones emocionales de Arenas?

—Arenas está deseando hacer algo heroico.

—No es ningún héroe.

—Pero piensa que una acción que provoque la admiración de sus compatriotas le devolverá la paz espiritual de que carece. Como mi propuesta le parecerá más arriesgada que el plan previsto, no dudará en ayudarnos. ¿Qué dices?

Preston tomó su chaqueta y echó un vistazo a la silla, los botes de pintura.

—Parece que nunca voy a terminar de pintarla. ¡Condenada silla! Vamos, amigo.

Empujó a Tom a salir del jardín. Mientras daban la vuelta a la casita recordó los deseos que sintió hacía sólo unos días, cuando Janette estuvo allí. Entonces deseó que Tom no volviese. En cambio, ahora iba a acompañarle a un lugar desconocido, con escasas probabilidades de regreso.

CAPITULO VII

Encontraron a Julio inclinado sobre una larga mesa de trabajo. No les escuchó entrar y sólo se dio cuenta de la presencia de Tom y Preston cuando el último dijo:

—Parece que le sigues dando vueltas al asunto, Arenas.

—¿Eh? —Julio se volvió con cara descompuesta y sonrió tímidamente al reconocerlo—. Me habéis asustado. ¿Es que en este lugar no se llama a la puerta?

Sin contestarle, Tom se acercó a la mesa y estudió los cinturones en los que Arenas había estado trabajando, diciendo:

—Vaya, parece que los superiores vuelven a confiar en ti, ¿no?

Rápidamente, Arenas recogió los diversos componentes del cinturón y los reunió en un montón.

—Los…, los estaba examinando. Me pidieron que los estudiara antes de usarlos para asegurarnos de que están correctos.

—¿Por qué lo haces tú solo? —preguntó Preston.

—No me gusta nadie a mi lado cuando trabajo. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Amigo, ¿quién puede sospechar de nadie en Tierra Dos? Entre nosotros no puede haber traidores. Sería absurdo pensarlo. Pero sí puede darse el caso de un enfermo mental, un tremendo mentiroso.

—¿De qué estáis hablando? Os encuentro muy raros…

—Es posible —Tom tocó el cinturón desarmado y el otro, intacto, que estaba al lado—. Supongo que éstos son los que traían los antiters, ¿no? —Al asentir Arenas, añadió—: Entonces nada nos taita para marchar a la Anti Tierra, Julio.

Y arrojó sobre el tablero la pulsera de Yhala, encima de la que había tenido en la muñeca el antiter muerto.

—¿Ya la han cogido? ¿Por qué no me lo ha comunicado personalmente el administrador? —preguntó mirándola fijamente.

—Porque el administrador está rondando el sector 15

buscándolo todavía. Vamos, Julio. Coge el cinturón y ordénalo. Ah, por cierto. No te olvides de los diversos programadores. Al menos, esta vez.

—¿A qué programadores te refieres?

Preston cerró la puerta y echó el cerrojo. Tom dio la vuelta a la mesa, se puso frente a Arenas y sacó una pistola apuntándole.

—Estoy dispuesto a volarte la cabeza, muchacho, si no pones en orden el cinturón en cinco minutos.

—¿Os habéis vuelto locos?

—De ninguna manera. Date prisa, no podemos perder tiempo.

Ante la firmeza de las palabras de Tom y la cercanía del arma delante de sus ojos, Arenas comenzó a colocar las diversas piezas en el cinturón. Cuando terminó sólo quedaron dos plaquitas de metal, que Preston recogió y guardó con cuidado en un bolsillo.

—Ahora, andando —dijo Tom, cogiéndole de las ropas y levantándole.

—Yo no pienso ir con vosotros… Pondré al corriente de todo esto al administrador…

El puño derecho de Preston se estrelló contra la mandíbula de Arenas. Tom le agarró por los sobacos antes de que cayera al suelo sin sentido.

Luego le cogió las llaves del coche.

—El administrador cuida ahora a nuestro buen amigo, Preston; incluso le ha prestado su coche.

—Lo usaremos para volver a tu casa. Nadie nos verá porque todo el mundo está como loco buscando al antiter fugitivo.

Cogió las piernas de Arenas y sacáronle del cuarto. El pasillo estaba desierto. Ni siquiera había guardián aquella tarde en la entrada del edificio. La calle, solitaria, sólo estaba ocupada por el coche descapotable. Echaron a Julio en los asientos traseros y Tom se sentó a su lado. Preston puso el motor en marcha y arrancó violentamente.

Tom cogió una manta del suelo y empezó a tapar a Julio. Durante el camino de regreso, podían toparse con un grupo de rastreadores.

No era probable que los detuviesen, pero mejor sería que no descubriesen que llevaban a alguien contra su voluntad.

—Golpéale si recobra el sentido —le dijo Preston mientras

conducía al máximo de velocidad que le permitía la estrecha carretera.

En Tierra Dos todo estaba un poco improvisado y aún no contaban con buenos medios de comunicación. Sobre unos cerros vieron a varias docenas de hombres armados rastrear el terreno.

—Están regresando del sector 15, Preston —dijo Tom con el ceño fruncido—. Se han cansado de buscar allí. Si no nos damos prisa llegarán en breve hasta mi casa.

—Dudo que registren —barbotó Preston.

—No, pero sí pueden solicitar un lugar al fresco para descansar unas horas. Y sabes que no puedo negarme.

—Lo sé, demonios. Tal vez tengamos tiempo.

—Preston…

—¿Qué pasa ahora? —inquirió volviendo un poco la cara. Vio a su amigo que sostenía entre las manos una delgada carpeta de plástico.

—Arenas la llevaba escondida dentro de su camisa.

—Esconde eso. Luego lo veremos en tu casa —Preston señaló dos camiones que llegaban por la carretera en dirección contraria.

Se introdujo unos metros en la cuneta para dejar pasar a los vehículos cargados de hombres que mostraban cansancio. Al pasar junto a ellos, Tom les saludó y apenas recibió respuesta.

—Hemos salido de la Administración a tiempo —dijo Preston—. Algunos grupos están regresando.

—¿Crees que echarán de menos a Julio? —tardarán horas en alarmarse.

Preston se desvió a la derecha y metió el coche por un camino infernal. Se quiso apartar del camino principal porque temía encontrarse con el administrador, que indudablemente reconocería el coche oficial que había cedido a Julio.

Cerca de media hora más tarde, Preston pisaba el freno delante de la casa de Tom. Entre ambos, después de asegurarse que ningún vecino les miraba, metieron a Arenas en el interior de la casa.

Dejaron a Julio sobre el sofá. Allí empezó a moverse.

—Pronto volverá en sí —dijo Tom a su esposa.

Sentada en una silla, aún con las manos atadas, Yhala lo presenciaba todo con fingida indiferencia.

—¿Es ése el hombre? —preguntó con voz seca al cabo de un

instante.

—Sí —asintió Tom.

—Me gustaría matarle. Es el culpable de todo cuanto pasa.

—Pues olvídate de eso, porque lo necesitamos. Y aunque no fuera este motivo, no consentiría que le pusieras la mano encima.

—Si ese hombre no hubiera asesinado a los dos exploradores de mi mundo, nosotros nunca hubiéramos iniciado la guerra; no habríamos perdido el camino hacia otro mundo distinto al que intentamos conquistar —escupió la antiter.

Preston observaba a Yhala atentamente. Ella se volvió hacia él, furiosa, diciendo:

—¿Todavía no me ha visto bien? ¿Nunca ha tenido delante a un antiter, como nos llaman ustedes, aunque sea muerto?

—Efectivamente, he visto a muchos antiters muertos, hombres y mujeres —sonrió Preston—. Pero nunca creí que sus hembras fueran tan bonitas.

Yhala abrió la boca a causa de la sorpresa y Tom intervino:

—No es momento para galanterías, Preston. Arenas está volviendo en sí —dejó sobre la mesita los dos cinturones tomados a Yhala y a su compañero, las pulseras, el cinturón que había llevado Julio puesto y se quedó mirando la carpeta.

—Siempre ha debido llevarla consigo —dijo Preston—. Ábrela de una vez.

Tom rompió el cordel que la amarraba y sacó unos papeles, ligeramente amarillos y con los dobleces muy frágiles. Leyó en uno:

«La compañía Hermes Limitada le ofrece la posibilidad de disfrutar de una nueva Tierra, ser dueño de una parcela en lugar ideal. Ahora tiene la oportunidad de realizar el sueño de su vida. Consulte con nuestro agente local y suscriba una póliza que le dará opción a poseer el trozo de tierra en el lugar del planeta que sea de su agrado. Recuerde que tiene todo un mundo a su disposición gracias al maravilloso don que ha brindado a la Humanidad el admirado Julio Arenas…».

—Todo esto es propaganda, una copia de lo que inundó el mundo a raíz del informe que trajimos nosotros, Tom —dijo Preston torciendo el gesto—. Al parecer, Arenas guardaba como una reliquia los recuerdos de los prometedores tiempos, cuando pensaba en convertirse en el hombre más rico de dos mundos.

—Sí, cientos de sociedades le daban millones por patrocinar las emigraciones a este mundo —sonrió con amargura—. Sólo que estaban vendiendo la piel antes de cazar la pieza, mego, apenas la ONU
inició la colonización oficial antes de que los particulares empezaran a realizar sus negocios, aparecieron los antiters en nuestro planeta seguidos de los cuatro jinetes del apocalipsis.

Tom tiró a un rincón aquel montón de propaganda multicolor. Los viejos folletos de compañías en embrión quedaron desparramados. Las sonrientes fotografías de Arenas que los ilustraban parecieron formar un rictus de ironía desde el suelo.

—Espera —dijo Tom metiendo la mano dentro de la carpeta—. Aquí hay algo más.

Sacó dos placas metálicas rectangulares, parecidas a las que ellos usaban cuando querían hacer funcionar el cinturón antes de accionar el dispositivo de marcha que poma en contacto con las baterías supercondensadas.

Desde su silla, Yhala gritó:

—Son las matrices maestras, las que llevaban nuestros exploradores muertos. Tom las miró confuso. Y Preston dijo:

—No puede ser. Tom y yo usamos los cinturones originales y ya teníamos las placas primitivas. Arenas sólo ajustó ciertos elementos de los cinturones para adaptarlos a nuestras normas fisiológicas.

Tom no quiso decir a su amigo que él había usado un cinturón fabricado por Arenas, que había servido de conejillo de Indias sin saberlo entonces. No encontró ninguna razón para decírselo.

Comparó las placas con las que él había estado usando hasta entonces para trasladarse de un mundo a otro. Parecían idénticas, pero el número de perforaciones era distinto. Además, en las placas que Arenas había mantenido ocultas llevaban unos distintivos especiales, unos triángulos muy pequeñitos en color dorado situados en un extremo.

Yhala estaba muy excitada.

—Veo que se ha fijado en nuestros emblemas, Tom Carter —dijo —. Si tiene las placas que hemos usado para venir aquí verá que digo la verdad.

Preston le entregó las placas que habían sacado del laboratorio de Arenas junto con los cinturones. Un simple vistazo sirvió para

ver los distintivos en forma de triángulos agrupados.

En aquel momento Arenas abría los ojos y miraba a su alrededor con gesto sorprendido. Apenas se detuvo en Janette y se quedó observando a la antiter. Tal vez su diferente indumentaria le hacía pensar que aquella mujer era la que los grupos de rastreadores estaban buscando por la comarca.

Arenas movió la boca y se tocó la mandíbula.

—Arenas, te presento a nuestra invitada, señorita Yhala Eunteslaiya. Puedes llamarla Yhala. Sospecho que has escuchado nuestras últimas palabras, ¿no es así?

Aturdido, Arenas se limitó a asentir.

—Estupendo. Así nos facilitarás las cosas —dijo Tom—. Esta chica, Yhala, me ha contado cosas extraordinarias, Lamentablemente este encuentro no sucedió hace años. De haber ocurrido así, es posible que no hubiese comenzado la estúpida guerra que está asolando nuestro mundo y pone en peligro ahora a éste.

»No eran miles de antiters los que habían estado explorando nuestro viejo planeta con el fin de invadirlo, tal como tú asegurabas en tus famosas conferencias, en un intento desesperado para eximirte de las culpas que sobre ti recaían cuando comenzó la invasión. Era sólo una pareja de sabios de la Anti Tierra —que por cierto ellos llaman por el nombre de Tierra— que buscaban un mundo donde emigrar en masa junto con su pueblo.

»Si tenemos que creer a Yhala, Emcibe nunca quiso conquistar nuestro mundo, porque ellos tenían la teoría de que existían miles de mundos paralelos en esa extraña dimensión.

—Es cierto —dijo Yhala—. Emcibe se estaba muriendo lentamente. Nuestros sabios apenas podían contener los estragos causados por la penetración de nuestro planeta, en su dimensión normal, en el interior cíe una nebulosa venenosa. Calculamos que en unos años no quedaría nadie con vida si no buscábamos en corto plazo otro mundo donde marcharnos. Se pensó en otros sistemas solares, pero no había tiempo porque los viajes a la estrella más próxima requerían muchos años. Además, era difícil construir enormes naves en tan poco tiempo.

»Entonces unos sabios científicos teorizaron acerca de la existencia de mundos paralelos, de miles de mundos paralelos

semejantes a nuestro planeta Emcibe, a la Tierra, a este planeta. Fabricar cientos de millones de cinturones capaces de llevarnos a alguno de estos mundos sería más rápido y factible que intentar la aventura de emigrar a las estrellas.

»Ya llevaban trabajando muchos años cuando la nebulosa venenosa contaminó nuestra atmósfera. Incluso entonces tenían fabricados unos cinturones con los que pensaban hacer diversas pruebas ellos dos personalmente. Nuestro gobierno les dio toda clase de facilidades y un día desaparecieron de la vista de nosotros. Regresaron de igual forma al cabo de unas horas. Cuando se recobraron de la emoción nos dijeron que habían estado en un mundo semejante al nuestro, aunque habitado por millones de seres, también iguales. De aquel mundo, que resultó ser la Tierra donde ahora combaten nuestros pueblos, saltaron a otro y luego a otro. Después de varios saltos encontraron uno que estaba desierto y resultaba ideal para nuestro pueblo. Alborozados, los exploradores aseguraron que había infinitos mundos, la mayoría sin habitar por seres inteligentes y aptos para la vida.

»Sólo tenían fabricados los cinturones que ellos llevaban y dibujados los planos. Pero los exploradores dijeron que ellos disponían en sus artilugios de viaje una placa selectora de mundos que habían perfeccionado antes de hacer el primer salto. La descrita en sus planos sólo servía para ir al primer mundo habitado por alguno de los otros planetas aptos. Sencillamente, pasaríamos por encima de la Tierra y llegaríamos al elegido sin molestar a los terrestres, ni siquiera damos a conocer.

»La noticia llegó hasta el último rincón de Emcibe y el gobierno no perdió el tiempo en dictar las disposiciones para la rápida fabricación de los cinturones. Entonces los exploradores dijeron que ellos querían volver a usar una vez más sus cinturones con las placas maestras, que facilitaba la múltiple opción a viajar a cualquier mundo paralelo en un segundo. A su regreso, aseguraron, dejarían que estas placas maestras fueran copiadas e introducidas en los cinturones que se estaban fabricando.

Para Tom era la segunda vez que escuchaba el relato. Preston lo conocía casi todo porque su amigo se lo había contado cuando corrió a buscarle a su casa. En cambio, para Arenas, era original y permanecía en absoluto silencio, sin mover un solo músculo. Yhala,

por ende, le miraba a él mientras hablaba, con su inglés seco, deteniéndose a veces para encontrar la palabra justa.

—Los exploradores se marcharon a confirmar las posibilidades de las placas maestras —dijo Yhala—. Nosotros esperamos su regreso, eufóricos e impacientes. No volvieron. Nunca volvimos a verlos vivos. Más tarde, cuando estábamos seguros de que no regresarían, algunos de los nuestros fueron a buscarles al siguiente mundo al nuestro, con los cinturones dotados de la placa simple, que sólo permitía el salto único, sin posibilidad de extenderlo a otros planetas.

¡Surgieron en la Tierra en el mismo punto donde ellos debieron aparecer! Siempre ocurre así. Era un lugar desierto, montañoso. No los vieron, pero encontraron indicios de su presencia, pequeñas señales. Después de muchos días de búsqueda, hallaron sus cadáveres enterrados a poca profundidad. Alguien —miró con odio a Arenas— los había matado, destrozándoles sus cabezas con un arma proyectora de municiones. Por supuesto, los cinturones no estaban.

»Los exploradores siempre habían sido prudentes mientras exploraban la Tierra. Nunca se dejaron ver. No querían conflictos con sus habitantes. Ellos sólo querían encontrar el camino pacífico para que su nación emigrara.

»Aunque ustedes pertenezcan a otra raza con mentalidad distinta a la nuestra, no les será demasiado difícil imaginarse el desconcierto que reinó en Emcibe al regresar los buscadores con tales noticias. Los únicos hombres que conocían el camino para ir a otro mundo, los únicos que sabían cómo había que dibujar la placa múltiple, estaban muertos. En sus laboratorios sólo se encontraron diseños para las placas simples, que únicamente podía servimos para ir a la Tierra, un mundo ya excesivamente habitado y con problemas ecológicos, en donde vivía una raza, aunque igual externamente a la nuestra, muy extraña para nuestra comprensión. Los terrestres vivían en un nivel tecnológico parecido al nuestro, mientras que en muchas zonas de su mundo, muchos de sus semejantes mal vivían en la edad de piedra o morían de hambre, aniquilados por las enfermedades.

»Por supuesto, se pensó en entablar conversaciones amistosas para tratar de conseguir un entendimiento pacífico. Pero ya

entonces sabíamos que nuestros exploradores habían sido asesinados cruelmente, sin darles la menor oportunidad de defenderse. Además, ¿cómo iban a darnos asilo un planeta que luchaba constantemente entre sí, robándose territorios y riquezas los unos a los otros, guerreando por cuestiones que nos parecían estúpidas? Nosotros éramos muchos millones, casi tantos como vivían en la Tierra. No había sitio para tantos. Nunca nos dejarían entrar.

»De todas formas, durante algún tiempo nuestros científicos intentaron descubrir el sistema de placa maestra que al morir los exploradores se llevaron a la tumba. Todo fue inútil. Era imposible dar con el camino adecuado a otros mundos. Sólo conocíamos la forma de ir a la Tierra. Mientras tanto, nuestros dirigentes formaron equipos que espiaran la Tierra.

El rostro de Arenas se había ido endureciendo. Ya no temblaba. Miró a Yhala y dijo:

—Provocaron la guerra, invadieron la Tierra.

CAPITULO VIII

—¡Claro que la provocamos! Eran ustedes o nosotros. ¿Qué podíamos hacer? Nuestros servicios de información aseguraron que los gobiernos de las cientos de naciones de la Tierra no consentirían en recibir una inmigración en masa. Sólo nos quedaba el camino de conquistar un territorio vital por medio de la guerra.

—¡Y pretende usted culparme a mí de todo! —aulló Arenas.

—Si usted no hubiera matado a nuestros exploradores, ellos habrían regresado a nuestro mundo y nosotros habríamos emigrado tranquilamente a otro planeta, sin molestarles —respondió Yhala respirando entrecortadamente a causa de su excitación—. Tal vez en el futuro nuestros pueblos hubieran entablado relaciones amistosas, cuando toda la población de Emcibe estuviera instalada en el nuevo suelo.

—¿Por qué le han dicho que yo maté a sus compatriotas? —espetó violentamente Arenas a Preston y a Tom.

—Ya lo sabía ella —replicó Tom.

—Supimos toda su sucia historia mientras nos preparábamos para la guerra —dijo Yhala—. Ustedes estaban colonizando un nuevo mundo. Aprendimos muchas cosas mientras peleábamos por establecer las primeras cabezas de puente. Entonces aceleramos la producción bélica y la invasión; queríamos empujarles al otro mundo, al que no podíamos llegar nosotros, ocupar el suyo.

—Pero no podíamos producir suficientes cinturones —dijo Tom—. El esfuerzo de la guerra nos impedía acelerar los trabajos de emigración. Si ustedes hubieran esperado un poco antes de comenzar el ataque…

—¿Cómo esperar? En nuestro mundo la gente moría por miles diariamente a causa del envenenamiento progresivo. Tal vez deberían verlo ahora. Aunque los soldados saben que apenas tienen posibilidades de supervivir combatiendo en la Tierra, nos sobran

voluntarios.

—Soldados que mueren antes de caer prisioneros —recordó Janette.

—Sí. Se adoptaron esas medidas por consejo de los mandos militares.

—¿Por qué?

—No queremos que ustedes supieran que estamos debilitándonos más rápidamente que sus propias fuerzas que nos combaten. Pretendíamos, quiero decir, que nos siguieran considerando como una raza feroz, ansiosa de conquista.

—Empezamos a dudarlo cuando siguieron atacando después de las contraofensivas que desarrollamos para arruinar el territorio que conquistaban —dijo Preston.

—Hace tiempo que la guerra se convirtió en una locura —suspiró Yhala—. Aunque venciéramos al final de nada iba a servirnos lo que conquistáramos. Íbamos a encontrarnos con un mundo destruido, casi tan contaminado como el que dejábamos.

—¿Por qué lo ha contado ahora? —preguntó Janette, sacando a relucir su innata desconfianza femenina.

Yhala se encogió de hombros.

—Es posible que me encuentre confundida. Nos apoderamos de algunos cinturones cuando algunos terrestres pretendían huir a este mundo que ustedes llaman Tierra Dos. Los investigamos y adaptamos a mi compañero muerto y a mí. Sabíamos que miles de terrestres emigraban a otro mundo desde el suyo. Lo habían conseguido partiendo de los cinturones que robaron a nuestros exploradores, aunque no comprendíamos cómo no usaban el sistema múltiple para invadirnos a nosotros como medio para aminorar nuestra entrada en su mundo —miró a Arenas y asintió—. Ahora comprendo muchas cosas. Aunque parezca ridículo, aunque ese hombre intente rechazar la acusación, toda esta situación ha sido provocada por él, conscientemente o no.

—¿Quieren apoderarse ahora de este mundo?

Yhala negó con la cabeza.

—Sería difícil. Estamos agotados. Tenemos cinturones para que los millones de supervivientes vayan a la Tierra, pero no para alcanzar este mundo. Las placas que disponemos no lo permitirían —miró las auténticas que sostenía Tom y añadió—: Pero si

dispusiéramos de ésas podríamos copiarlas en unos días por millones, colocarlas en los cinturones fabricados y alcanzar otro mundo paralelo a éste, distante de éste. Sabemos que hay otros mundos que nos pueden servir.

Tom miró a Preston y éste asintió. Julio presenció la escena, estudiando el intercambio de miradas de los dos amigos.

—Eh, ¿qué están pensando ustedes? —exclamó—. Deberían informar enseguida al administrador, que detengan a esta mujer. ¿Por qué no lo han hecho ya?

Fue Tom quien respondió.

—Porque eso no arreglaría nada. La guerra debe cesar. El administrador empezaría a solicitar instrucciones a los mandos en la Tierra. Cuando se decidiese algo, sería tarde. Incluso Yhala podría correr serio peligro. No olvidemos que es el primer antiter que conseguimos coger con vida, impidiendo que se destruya. Si no se mató cuando la perseguían fue porque había obtenido una preciosa información de este planeta y pensaba, deseaba, regresar con los suyos. Fue una suerte que la dominase y evitase que activase el dispositivo de autodestrucción. Ahora debemos pensar cómo arreglar esto.

—Están completamente locos si piensan confiar en esta mujer —sonrió irónico Arenas.

—Es posible. Pero la situación desembocará en una aniquilación total, en el Tierra, en este planeta también, si dejamos que los acontecimientos sigan su destructivo curso. De alguna forma debemos intentar detener esta locura que está diezmando dos razas que nunca debieron combatir entre sí por un pedazo de terreno, teniendo tantos mundos paralelos para ellas.

—Vuelven a acusarme —dijo Arenas amargamente.

—Es igual ahora. La historia te juzgará. No eres demasiado culpable si te estudian a fondo. La cuestión es ahora hacer que Yhala vuelva con los suyos. Con el cinturón original y la placa maestra, reproduciendo esta última, podrían buscar otro mundo, deshabitado pero con condiciones como éste, y marcharse a él, deteniendo la invasión y retirando las tropas que luchan en la Tierra.

—No olviden que la han destruido…

—Calla de una vez, condenado —dijo Preston a Arenas—. Este

lamentable período histórico será mejor olvidarlo. Y debemos empezar ahora, aquí, en este momento.

Yhala sonrió ligeramente. Era la primera vez que lo hacía, y Preston la encontró originalmente atractiva.

—Si me ceden el cinturón original, con la placa maestra, que lo convierte en eficaz para cualquier persona, podré convencer a los míos para que detengan la guerra. Nos marcharíamos en pocas semanas a un nuevo mundo. Al otro lado de éste hay uno que reúne magníficas condiciones de habitabilidad.

Preston la miró y dijo decidido:

—Yo la acompañaré.

Sus amigos se volvieron sorprendidos hacia él. Y Yhala preguntó confundida:

—¿Por qué?

Preston se encogió de hombros.

—Tal vez mi presencia convenza a los suyos, Yhala, que estamos dispuestos a olvidarlo todo si detienen la lucha. En la Tierra también deseamos que la guerra termine, que permita a los que combaten y están escondidos en los refugios venir a emprender aquí una nueva vida, olvidarlo todo. Tenemos otro cinturón, ¿no? Si los antiters me respetan y admiten mi buena voluntad, ¿por qué no voy a poder volver aquí?

Tom iba a replicarle con diversos argumentos para que desistiera de su idea, cuando golpearon en la puerta. Janette susurró, pálida:

—He escuchado antes el motor de un camión pararse cerca de aquí.

Preston cogió un pañuelo y amordazó a Arenas. Le puso el cañón de la pistola en la frente y dijo:

—Si pretendes delatar tu presencia te volaré la cabeza. Tom miró a su esposa.

—Abre, por favor, muéstrate serena.

Janette deglutió con dificultad y se dirigió con paso tembloroso hacia la puerta, cerrando tras ella la que comunicaba con la sala. Tom se acercó a la ventana y atisbo a través de los visillos. Varios hombres del administrador estaban en el jardín. Uno de ellos se acercó a la entrada cuando Janette abrió la puerta. No escuchó lo que hablaron. A todos les pareció una eternidad el tiempo que Janette tardó en volver. Sonreía forzadamente y dijo:

—Me advirtieron que tuviese cuidado, que sospechaban que el invasor antiter ha escapado del cerco del Sector 5 y puede estar por los alrededores.

—¿Es que el administrador está tan nervioso que está propalando por todas partes que Se busca a un antiter? —preguntó Preston enfurecido—. Creí que lo iban a mantener en secreto para no hacer cundir la alarma.

Tom se retiró de la ventana cuando el camión se alejó y dijo:

—Esos hombres saben que ésta es mi casa y soy de la confianza del administrador y el general Gardner. Hemos tenido suerte que no han sospechado nada al ver el coche donde hemos venido.

—No lo reconocerían —replicó Preston—. Tenemos que marcharnos de aquí cuanto antes. Si queremos ir a Emcibe deberá ser pronto. Yhala, usted nos tiene que decir qué punto tenemos que elegir para que el salto sea efectivo.

Aunque se desconocía mucho acerca de los mundos paralelos que se extendían en ambas direcciones de la Tierra, la experiencia había demostrado que si se quería aparecer en determinado sitio al otro lado se tenía que ir al mismo punto en el lugar de partida.

Cuando el mensajero ordenó a Tom que debía reunirse con el general Gardner en la Tierra, éste pudo accionar su cinturón en su propio jardín, porque daba la casualidad de que el lugar donde el general le esperaba era el mismo sitio que ocupaba su casa en la Tierra. Al producirse la ofensiva antiter y tener que huir de los refugios, desplazándose varios kilómetros al este, Tom se encontró muy lejos de su casa al dar el salto huyendo del bombardeo enemigo.

Si en la Tierra se daba tal circunstancia, ¿qué tenían que hacer si querían ir directamente a Emcibe desde la Tierra Dos? Sólo Yhala podría responder a tal pregunta. Tom se la formuló y la mujer, tras pensarlo un instante, respondió:

—Estoy un poco confundida en este mundo y aún no relaciono bien los términos de medida de ustedes con los míos. Pero creo que estando cerca de donde nos encontraron por primera vez, cuando mi compañero sufrió el accidente que le costó la vida, es suficiente. Si saltamos desde allí a mi mundo nos encontraríamos en una zona relativamente tranquila, cerca de un puesto de mando. Allí está el grupo que coordina la exploración de este mundo con los cinturones

capturados a los terrestres. Claro que también podríamos ir a la Tierra, que es de donde yo partí…

—Creo que sería mejor ir primero a la Tierra —opinó Preston—. Allí debe haber un mando militar que coordine la guerra, ¿no? —al asentir Yhala, añadió—: Debemos, ante todo, paralizar la guerra. Luego, podríamos ir a Emcibe y organizar desde allí la retirada de las fuerzas expedicionarias antiters. Los nuestros, Tom, no darán crédito a lo que vean, pero creo que se alegrarán cuando el enemigo deje de combatirlos y desaparezcan. Dudo que se lancen contra ellos.

—Está demasiado seguro que los dejen huir —sonrió Tom.

—Debemos confiar en ello. Yhala, ¿será buen sitio también para ir a la Tierra desde el lugar donde apareciste y que nosotros conocemos como el sector 15?

—Supongo que sí. Es un territorio recién conquistado y que no está demasiado torturado por la guerra. Allí está el mando supremo de nuestras fuerzas en la Tierra. Ellos tienen poder suficiente para detener la guerra, al menos por nuestra parte.

—Perfecto. Tom, recoge todo el equipo que tengas en casa para visitar la Tierra. Ya sabes, el traje revestido de plomo, gafas, caretas filtradoras, etc.

—Tengo más de dos equipos —admitió Tom.

Preston desató a Yhala y restregó sus manos para devolverle la normal circulación sanguínea. La misma cuerda que había tenido la muchacha sirvió para atar las manos de Arenas a la espalda, ante sus protestas, con lo que consiguió que la mordaza se le pusiera de nuevo.

Janette sacó unas cantimploras de agua y algo de comida, que echó en una bolsa. Tom la miró ceñudamente.

—Deberías quedarte —dijo.

—De ninguna manera —sonrió ella, animosa—. Estamos todos metidos en este asunto y no pienso separarme de ti.

—No será fácil, cariño. Podemos ser descubiertos por las patrullas. Y ésos están demasiado nerviosos. Y armados. Pueden dispararnos.

—Si me quedo me pueden interrogar y no estoy segura de poder permanecer callada si emplean métodos violentos.

Preston intervino:

—Janette tiene razón. Será mejor que venga con nosotros.

Ella fue la que salió primero, tiró dentro del coche la bolsa con las vituallas, como si fuéramos a un día de campo, y nos hizo gestos para indicarnos que saliéramos.

Yhala se había echado sobre los hombros un gabán de Janette. Tenían la suerte que los buscadores del antiter aún ignoraban que se trataba de una mujer. Desde el primer momento habían supuesto que se trataba de un hombre. Aquello podía ayudarles.

Colocaron a Arenas en el asiento trasero y Preston, junto con Yhala, se sentaron a su lado. Tom se puso ante el volante y Janette, muy seria, tomó asiento junto a él.

El coche se puso en marcha y Tom condujo despacio. No quería pasar de cincuenta o sesenta kilómetros por hora. Si desde lejos veían el coche llamarían menos la atención, ya que por aquellas carreteras era imposible ir a excesiva velocidad.

CAPITULO IX

El administrador bebió el último sorbo de café y arrojó lejos el vasito de plástico. Se volvió irritado hacia el general Gardner.

—¿Por qué ha esperado tanto tiempo esa señora…?

—Señora Perkins —añadió el general.

—Cómo diablos se llame. ¿Por qué ha dejado pasar tanto tiempo antes de informar? Gardner se encogió de hombros. Se hallaba cansado, dejándose caer sobre la puerta del coche.

—No lo sé. Ella dice que vio entrar a una mujer vestida de forma extraña en la casa de los Carter, pero que no le dio excesiva importancia. Sólo cuando se enteró de que estábamos buscando a un antiter pensó que podía tratarse de él. Instantes antes de visitar a la señora Perkins, una patrulla advirtió a la señora Carter de lo que estaba sucediendo.

—Si esa estúpida hubiera hablado cuando debía, ahora tendríamos a la antiter en nuestro poder —masculló el administrador.

Gardner se rascó la barbilla.

—No me explico el proceder de Tom.

—No olvide a Preston. Sabemos que lo está ayudando por su propia voluntad. Me gustaría saber qué pretenden. Raptaron a Julio Arenas del laboratorio, se llevaron los cinturones y las placas. ¿Para qué? Me pregunto si la antiter no los estará dominando.

—¿Dominando? ¿Cómo?

—¿Qué sé yo? ¿Mentalmente? Sabemos tan poco de ellos…

—Se deja llevar por la fantasía, general. Olvídese de su vieja amistad con esos traidores. La antiter ha debido prometerles algo a cambio de ayuda para escapar de nosotros. ¡Y esos imbéciles lo han creído!

Se volvió hacia sus ayudantes, que esperaban en grupo unos metros más allá esperando las órdenes, y les dijo:

—Quiero que detengáis al coche. Ya sabéis cuál es. Si se resisten a entregarse podéis abrir fuego. Sólo me importa coger con vida a la antiter —se volvió para mirar al general y añadió—: Los demás me traen sin cuidado. Incluso sería mejor para ellos que no pueda ponerles la mano encima.

Gardner le tomó de un brazo.

—Rectifique esa orden, administrador. Diga a sus hombres que debemos capturarlos vivos. A todos.

Douglas negó vigorosamente con la cabeza. Los ayudantes estaban retirándose a sus unidades, dando instrucciones por radio.

—No sé lo que ha pasado, general, pero este asunto pienso terminarlo a mi manera. Tom ha puesto en peligro la posibilidad de que enviemos espías a la Anti Tierra, lo cual podría darnos la victoria.

—Se arrepentirá… —dijo Gardner, dejándole marchar.

Sintiendo pesadas las piernas, el general subió al último coche que se puso en marcha.

Allí se sentó al lado de tres hombres que le observaron ceñudos, como si no compartieran su idea de preservar con vida a los fugitivos. Aquellos jóvenes estaban armados y sostenían los rifles con dureza. Estaban contagiados con la misma ira del administrador. El general no pudo culparlos. Cada habitante de Tierra Dos quería conservar su derecho a vivir en un mundo de paz. Se preguntó qué había pasado para que Tom, que siempre se había distinguido por sus pocos deseos de intervenir en las postrimerías de la guerra, arriesgase tanto, se lo jugase todo a una carta.

* * *

—Aún nos faltan unos veinte kilómetros —dijo Tom.

El coche ascendía penosamente por una ladera. Atrás quedaba el llano, densamente arbolado. Janette se había vuelto una vez más para mirar hacia atrás y exclamó:

—Nos siguen de cerca.

Todos se giraron y Tom frenó. Pero sólo fue unos segundos. Enseguida arrancó a toda velocidad. Había visto a poca distancia dos coches cargados de hombres. No había la menor duda que los

habían descubierto.

—Maldita sea. Estamos en un terreno propicio para que nos sigan viendo durante un buen rato.

—He estado en este sitio, Tom —dijo Preston—. Desvíate a la izquierda. Podemos dar un pequeño rodeo, pero pasaremos por un terreno abrupto propicio para despistarlos si tenemos suerte. Cerca existe un bosque. Al otro lado, tendremos el lugar que queremos para la partida.

Preston e Yhala se habían puesto los cinturones, incluso con las placas maestras insertadas en las correspondientes ranuras. Al principio había temido de la antiter que ella activase el dispositivo y saltase al otro lado ante sus narices, pero al transcurrir el tiempo, después de observar la serenidad en el rostro de la chica, comprendió que pensaba cumplir su compromiso.

Alzando la voz para hacerse oír en medio del ruido del motor, Arenas dijo:

—Estarán furiosos y dispararán contra nosotros… ¿Por qué no le explican al administrador todo lo que me han dicho? Puede creerles, ¿no? Incluso apoyaría su plan. Ahora a mí no me parece tan descabellado.

Tom se mordió los labios. Durante mucho tiempo, tal vez desde que comenzó la guerra, los terrestres, el Alto Mando Aliado, había concebido la idea de poder ir al mundo de los invasores antiters. El plan creado para provocar una destrucción total en la Anti Tierra era el único que creían capaz de acabar con la invasión. Siempre habían querido llevarlo a la práctica y nunca fueron capaces de convencer a Arenas para que descubriese la forma de servirse de los cinturones para alcanzar la otra copia de la Tierra en la dimensión oculta. Claro que tampoco dijeron a Arenas para qué lo precisaban con tanta urgencia. Los dirigentes militares conocían los informes de los médicos que habían cuidado a Arenas y estimaron que éste no colaboraría con ellos si supiera que querían prolongar la destrucción a otro mundo más.

Se habían equivocado. Arenas siempre supo cómo ir a la Anti Tierra. Los militares nunca llegaron a sospechar la verdad de las placas maestras, que tan celosamente, durante tantos años, ocultó Arenas. Al apropiarse del cinturón del antiter que visitaba Tierra Dos, Arenas se prestó a trabajar en la investigación de éste sin

sospechar las intenciones del administrador. Cuando se enteró que querían que él y Tom fueran al planeta originario de los antiters sólo creía que el mando pretendía obtener información militar. Nada más.

Empero, Tom sospechaba otra cosa muy distinta. Conocía la existencia de un medio que apenas pesaba unos kilogramos que podía volatizar toda la gran base antiter desde donde enviaban los pertrechos y tropas a la Tierra.

—El administrador no confiaría en nuestro plan… —contestó Tom al cabo de un tiempo que se le antojó una eternidad—. ¿Están ganándonos terreno?

—Un poco —contestó Preston.

Contuvo el deseo de pedir a Tom que condujese más de prisa. El terreno no era propicio para excesiva velocidad. Entonces empezaron a sonar disparos. Arenas se agachó y Preston sonrió. Aún estaban demasiado lejos para dar en el blanco Tom introdujo el coche por un estrecho sendero. A ambos lados se alzaban pronunciadas laderas con denso arbolado. Los coches que les seguían dejaron de verse y los disparos cesaron.

Ansiosamente, Tom miraba la forma de salir de aquel paso. Si no lo hacía pronto, en unos instantes los coches entrarían en el sendero y ellos se iban a encontrar en una situación peor que la anterior.

Justo en el momento en que volvían a sonar los disparos, el estrecho paso se desviaba a la derecha y Tom giró el volante con rapidez.

La descarga cerrada se confundió con el chirrido del freno y el viraje violento. Tom apretó el pie sobre el acelerador y enseguida notó la tirantez de la rueda trasera derecha.

—Nos han dado —dijo después de soltar una maldición—. Todo el mundo fuera.

¡Rápidos!

El coche avanzaba lentamente y Janette saltó. Luego lo hizo Preston empujando a Arenas. Ayudó a Yhala a salir del coche.

—Escondeos entre los arbustos —gritó Tom, conduciendo el coche en dirección contraria, saltando a continuación de él y corriendo a reunirse con sus compañeros, que ascendían por la ladera, aferrándose a los arbustos.

Tom empujó a su esposa y cayó sobre ella en el preciso instante

de alcanzar la cima y aparecer los coches perseguidores.

—No tendremos mucho tiempo —susurró Preston, viendo cómo los coches se detenían y sus ocupantes saltaban de ellos, corriendo hacia el que habían abandonado—. Se darán cuenta enseguida de nuestro inocente engaño.

Tom amartilló su pistola. Sólo tenía el cargador que llevaba colocado.

—Preston, déjame tu pistola. Yo les distraeré si encuentran nuestro rastro. Debes irte con Yhala y alcanzar el punto que preciséis.

—Estás loco si crees que te voy a dejar aquí.

—No seas tonto. No lo hago por ti. Quiero que Janette también escape —su mujer empezó a mover la cabeza negativamente y Tom añadió—: Hazme caso, cariño. Dirígete hacia el este, da una vuelta e intenta volver a casa. A ti no pueden hacerte nada. De otra forma nos cazarían a todos. ¿No sería eso una estupidez? Preston atisbo entre el ramaje. Los perseguidores se movían alrededor del coche vacío buscando huellas. Estaban confundidos, pero no tardarían mucho en encontrarlas.

—¿Y Arenas?

—Llévatelo unos metros y luego déjale que haga lo que quiera.

—Me quedaré aquí —respondió Arenas.

—Debí haberle dejado con la mordaza puesta —gruñó Tom—. Te juro que si abres la boca te la cerraré de un tiro.

Janette besó a Tom y tuvo que alejarla de él. Sonriendo, dijo:

—Vamos, nos volveremos a ver pronto. Yhala dijo:

—Creo… creo que hemos perdido un tiempo lamentable peleándonos entre nosotros, terrestre. Si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias…

—No se lamente, preciosa. Es posible que, si todo sale bien, nos volvamos a encontrar. Preston, confío en que vuelvas.

Preston le apretó la mano izquierda y se alejó acompañado de Yhala. Durante unos metros la pareja se retiró junto a Janette. Luego, Tom los vio cómo se separaban.

Otro coche se detuvo abajo con estrepitoso chirrido de frenos. Saltó el general y conversó un instante con un hombre, quien se volvió para señalar el lugar donde Tom y Arenas estaban ocultos.

Los demás que habían estado rastreando los alrededores del

coche que habían usado para huir regresaron y todos se dirigieron a la ladera, ascendiendo por ella.

Tom apretó el gatillo varias veces. Las balas pasaron por encima de las cabezas del grupo y todos se arrojaron al suelo. Cuando vieron que no les seguían disparando, se incorporaron y retrocedieron para refugiarse detrás de los vehículos.

Desde allí empezaron a abrir fuego y Tom cambió de posición.

Tom consideró que aquel lugar era bueno para defenderse varias horas. Había rocas tras las que guarecerse y dominaba a los perseguidores. La cuestión era que sólo disponía de quince proyectiles.

Indicó a Arenas que se deslizase hacia la izquierda, en dirección al borde del desfiladero, donde se doblaba en ángulo.

De sus espaldas sonaron nutridos disparos. Sus perseguidores tenían rifles y debían andarse con cuidado. Se detuvieron en el nuevo parapeto y Tom disparó dos veces. Aquello convencería al general y sus hombres que debían avanzar con cuidado.

Gardner dio instrucciones para que no tirasen a matar, con herirlos será suficiente —añadió, mordiéndose los labios.

Ordenó que se dispersasen y algunos intentasen subir para intentar coger a los tiradores por los flancos.

Haciendo bocina con las manos, gritó:

—Es un suicidio hacernos frente. Será mejor que se rindan. Si nos entregan a la antiter, les prometo que haré lo que esté en mi mano para que se olvide este asunto.

Enseguida pensó que si bajaban le sería muy difícil mantener su promesa. El administrador pensaba de muy distinta forma, aunque Gardner estaba seguro que Douglas no se atrevería a dictaminar un veredicto sin previo juicio. Al menos, salvaría, por el momento, las vidas de sus viejos conocidos. Claro que no le importaría mucho que Arenas recibiera un tiro en la cabeza.

Uno de los hombres, minutos después, se acercó al general para preguntarle si se lanzaban al ataque. Algunos tiradores estaban situados perfectamente, de forma que podrían coger entre dos fuegos a los fugitivos.

—Yo daré la orden —respondió el general con acritud.

—El administrador los quiere vivos o muertos —protestó el hombre.

El general negó con la cabeza. Mientras él pudiera evitarlo, allí no moriría nadie. Se había dado perfecta cuenta que el tirador —había tenido tiempo para comprobar que sólo disparaba uno— no tenía el menor deseo de herir a nadie.

El ruido de un coche al acercarse hizo que el general se volviese. Palideció al ver descender al administrador, quien, colérico, se le acercó:

—Llevo un siglo escuchando esos disparos. ¿Por qué no han acabado ya con ellos?

—Procuro cogerlos vivos.

—Y yo quiero acabar con esto cuanto antes. —Se acercó al hombre que había interpelado al general, sonriendo ligeramente. Douglas le gritó—: Quiero a esos hombres ahora mismo, Martins.

Diez segundos después, Gardner cerró los ojos ante el estrépito de las descargas. Al abrirlos vio trozos de ramajes volar por el aire. Pero abrió la boca al escuchar la respuesta desde diez metros más a la derecha, y luego desde otra distancia parecida casi al otro lado del recodo.

—Sólo se trata de un hombre —masculló Douglas—. Nos ha estado entreteniendo mientras los demás huían. ¡Fuego!

Después de la siguiente descarga, se escuchó otro solitario disparo y a continuación un par de pistolas fueron arrojadas por la ladera.

—Se rinde —exclamó el general. Se volvió hacia Douglas—. ¿Va a seguir disparando hasta acribillarlo?

El administrador torció el gesto y alzó un brazo. Los disparos cesaron. De mala gana salió de detrás del coche. Los tiradores se fueron acercando con las armas dispuestas.

Una figura surgió de detrás de las rocas. Con una mano se aguantaba el brazo derecho y vacilaba al caminar sobre la empinada pendiente. Apenas había bajado la mitad cuando cayó rodando.

El general fue el primero en llegar hasta él. Inmediatamente se sintió rodeado. Cogió al herido por un hombro y lo volvió.

—Demonios —susurró Douglas—. Es Arenas. Esto lo entiendo cada vez menos. Desde el suelo, Arenas soltó un quejido sordo y entreabrió los párpados.

—Parece que les sorprende que sea yo quien les disparase, ¿no?

Lo siento, pero los pájaros han volado.

CAPITULO X

Se habían cogido de las manos y apretaron los dispositivos al mismo tiempo.

No había explicación, pero se vieron en otro lugar muy distintos, separados por un metro, con las manos extendidas.

Preston miró a través de sus gafas el desolado paraje que se ofrecía a su vista. Yhala se le acercó y volvió a tomar su mano, apretándola con fuerza a través del guante.

Los dos vestían los trajes emplomados y respiraban a través de las máscaras filtradoras.

—Dios mío —murmuró Preston girando sobre sus talones para mirar todo cuanto le rodeaba—. Esto… esto es un infierno.

El aire era pesado. Incluso podía percibirlo a través de los filtros nasales ajustados a la máscara. Una espesa niebla impedía ver más allá de diez o doce metros. Bajó la mirada y se encontró un suelo oscuro, como si estuviera recubierto por una espesa costra pegajosa.

—Creo que nos hemos equivocado. Estamos en la Tierra, en alguna de las zonas más duramente castigadas por la guerra…

Una repentina ráfaga de viento despejó la niebla. Preston vio a lo lejos unas edificaciones que en nada le recordaban lo que existía en la Tierra. Algunas figuras se movían entre ellas.

—Estamos en Emcibe —respondió Yhala con tristeza—. Y en uno de los lugares donde el envenenamiento de la atmósfera es menor. Ven, estamos cerca de uno de los puestos de mando. No temas. No nos harán nada porque nuestras pulseras indican que somos amigos. Luego, cuando te vean de cerca, se dedicarán a escucharme.

Preston tragó saliva y dejó que Yhala le arrastrase por el camino viejo y mal cuidado. Figuras embutidas en trajes pesados y con las caras ocultas tías máscaras respiratorias se acercaron al descubrirles.

Se aproximaban confiadamente. Incluso les saludaron. Preston se preguntó cómo iban a reaccionar los compatriotas de Yhala cuando supieran quién era.

* * *

Tom se despertó con un tremendo dolor de cabeza. Las ramas que ocultaban su rostro le hicieron cosquillas y las apartó de un manotazo. Se puso de rodillas y se llevó la mano a la cabeza. Percibió el chichón y maldijo a Arenas.

Aquel maldito debió haberle golpeado con una piedra mientras él estaba distraído impidiendo que los hombres del general se acercaran.

¿Por qué lo había hecho?

Cuando terminó de levantarse se percató de que había estado oculto entre unos matorrales y alguien le había echado unos arbustos encima. ¿Con el propósito de esconderle?

Sólo podía haberse tratado de Arenas. ¿Por qué lo había hecho?, se repetía constantemente Tom, mientras deambulaba por el bosque, todavía confuso.

Por la posición del sol, de aquel sol que parecía repetirse para copia del planeta de aquélla, al parecer, interminable cadena de mundos, podía deducir que estaba atardeciendo, muy próxima la noche. Tenían que haber transcurrido al menos tres o cuatro horas desde que perdió el sentido.

Entonces notó el tenso silencio que le rodeaba. Se acercó al borde del montículo y miró hacia abajo. Sólo vio las huellas de los coches. Descendió y pisó cientos de casquillos de balas. Indudablemente, la batalla había proseguido después que Arenas le agrediera. Indudablemente, Arenas había mantenido la posición todo el tiempo que pudo.

Sintió frío. Al caer la noche el ambiente refrescaba. Sentía la lengua reseca y notó que tenía sed. Hurgó en los bolsillos y sacó un arrugado paquete que sólo contenía tres cigarrillos. Encendió uno y anduvo a lo largo del desfiladero.

Pensó en Janette.

¿Había logrado escapar su esposa del cerco? ¿Habrían podido

Yhala y Preston alcanzar el punto adecuado para trasladarse a la Anti Tierra?

«Dios mío —pensó Tom—. Estoy a más de cien kilómetros del lugar habitado más próximo. Incluso puedo perderme y nunca encontrar el camino».

Volvió a pensar en Janette. Ella también podía hallarse en la misma situación. ¿Por qué la dejó ir?

Pero entonces sólo pensó en alejarla del peligro, de las balas. Aquellos condenados habían estado tirando a dar, mientras que él sólo pretendía asustarlos.

La noche alcanzó a Tom caminando por el llano. Había pensado que unos kilómetros más al este encontraría una carretera en construcción que por el momento sólo era una franja estrecha y terriza.

En Tierra Dos los vehículos eran escasos y la circulación casi nula en todos los sectores. Aún no estaba la colonia en disposición de divertirse o malgastar el combustible. No al menos hasta que se empezasen a explotar los ricos yacimientos de petróleo fácilmente identificables porque todos ellos estaban en las mismas zonas que los conocidos y exhaustos de la vieja Tierra.

De súbito el resplandor de unos faros le deslumbraron. Saltó a un lado. Aquel maldito coche había surgido de detrás de un promontorio y lo más fácil era que sus ocupantes le hubieran visto. Rodó por el suelo y se incorporó a medias, ocultándose detrás de una leve inclinación del terreno.

El coche era un todo terreno y sólo estaba ocupado por un hombre. Se había detenido a unos metros de él y quien lo conducía miraba hacia todas partes. Tal vez había creído ver una sombra correr y no podía imaginarse que se trataba de uno de los fugitivos. Quizá ignoraba la cacería que se había desarrollado por aquellos parajes horas antes.

El conductor miraba al frente y Tom decidió sorprenderle por detrás. Anduvo de puntillas para no hacer ruido y estaba a punto de saltar sobre su presa cuando ésta se revolvió y le enfocó con una potente linterna, al tiempo que decía:

—Vamos, muchacho; no hagas tonterías. Tom le reconoció por la voz.

—General, no sé si alegrarme de verle por aquí.

—Puedes hacerlo. Te estaba buscando. Sube.

La linterna se apagó y Tom observó al general mientras se acomodaba a su lado. El coche se puso en marcha, dio la vuelta y enfiló el camino por el que había venido.

—La verdad es que no tenía la menor confianza de volverte a encontrar, Tom.

—¿Trabaja ahora por su cuenta?

—Sí. Por el camino procuré instalarme al lado de Julio con el pretexto de cuidar de sus heridas. Me susurró al oído todo lo que había pasado. ¿Te duele mucho el golpe?

—Un poco. Pero dígame si sabe algo de mi esposa.

—Está bien. Janette está en mi casa. Tan pronto pude tomé este coche y volví. A ella la encontré cuando estaba a punto de alcanzar el camino que se dirige a los arrozales. Estaba extenuada y aceptó mi ayuda cuando le expliqué lo sucedido después que ella se marchara.

—¿Y los demás?

—Si te refieres a la intrépida pareja formada por Preston e Yhala sólo puedo decirte que ellos dejaron a Janette sobre una buena dirección para volver. Preston conoce bien el terreno. Luego la parejita prosiguió su camino. No puedo decirte más.

—Siga.

—Dejé a Janette en mi casa. Allí no la buscarán.

Me rogó que te buscara y volví. Estoy harto de conducir, muchacho. Me duele todo el cuerpo. Pero como Arenas me dijo que te dejó bien escondido y en dónde, pensé que con un poco de suerte podría encontrarte. Gracias que no te alejaste demasiado. Ya iba a volverme porque con esta noche tan oscura era perder el tiempo.

Con las luces largas, el coche avanzaba a poco más de setenta kilómetros por hora.

Tom aplastó el cigarrillo en el cenicero y exhaló un profundo suspiro. Se sentía totalmente vacío, sin poder concentrar su pensamiento en una determinada idea.

—¿Qué piensan hacer con Arenas? El general se alzó de hombros.

—El administrador está fuera de sí. Creo que piensa enviar nuevas patrullas en vuestra busca. Tal vez use los helicópteros de la costa este —sonrió—. Me pregunto cuánto tiempo necesitará en

convencerse que ya no encontrará a nadie.

—General, ¿por qué lo hace?

—¿Ayudarte a ti y a tu mujer? No lo sé. Mira, Tom, desde que comenzó el jaleo he estado en el frente primero y luego en la retaguardia, buscando un plan para vencer al enemigo. Cuando el administrador capturó a Arenas me enteré de algo que yo, ni por mi alto cargo, conocía. Era algo que se estaba planeando en esferas más altas. No sé hasta qué punto Arenas se merecía convertirse en una bomba humana.

—Yo también podía haber caído en la trampa, ¿no?

—Me temo que sí. Aunque, si te tranquiliza, al administrador no le gustaba eso. A él sólo le interesaba que cayera Arenas, para que de esta manera paliara en parte las culpas que le arrojaba de la situación actual.

—¿Piensas que hemos obrado bien?

—Al menos sí de forma original. ¿Por qué no puede salir bien vuestro alocado intento? Pronto lo veremos.

—¿Cuándo?

—Creo que en unos días. Cuando salí del frente arrastrando conmigo a Julio se tenían noticias que el enemigo iba a comenzar la más grande ofensiva de la guerra antes de un mes. Eso quiere decir dentro de cinco o seis días. Si ese furibundo ataque no comienza tendremos la primera noticia de que la gestión de Preston y esa chica antiter ha tenido algo de éxito.

Después de un rato, Tom dijo:

—Pero no podemos estar ocultos mucho tiempo. El general afirmó vigorosamente.

—Al menos un tiempo prudencial sí es aconsejable, muchacho. Nadie sospechará que estáis en mi casa. Claro que no es muy cómoda. Me la dieron para mí, un viejo solterón. Estaremos un poco estrechos.

Tom sonrió.

—No te preocupes.

CAPITULO XI

Fue el mismo general quien una mañana les llevó la noticia mientras Janette, con las cortinas de la diminuta cocina corridas, preparaba el desayuno. Gardner se había levantado muy temprano, pero regresó cuando Tom y ella apenas llevaban despiertos media hora.

—Buenas noticias —dijo el general cerrando la puerta y apoyándose en ella.

—Me imagino que así será por la cara que trae —sonrió Janette.

—Hemos esperado mucho tiempo, pero ha merecido la pena, ¿no?

—Veamos si es cierto —dijo Tom entregando al general una taza de humeante café—

—¿Qué pasa con Julio?

—Al fin he podido averiguar qué fue de él. Lo siento, pero Arenas murió a consecuencia de las heridas. Fue hace tres días. Se mantuvo la noticia en secreto por disposición del administrador.

—¿Por qué?

—Tal vez quería que os confiaseis y poderos atrapar. Hoy he charlado un buen rato con él. Al final me presunto si yo sabía dónde estabais.

—Y …

—Le dije que estabais muy cómodos en mi casa, aunque sea pequeña —replicó el general socarrón ante la sorpresa del matrimonio.

—¿Cómo es que no ha llegado con una patrulla armada? —preguntó Janette.

—¿Me creéis tonto, hijos? —el general se sentó y suspiró con gesto cansado—. No. Antes el administrador me había dado sabrosas noticias. Julio debió haber vivido, al menos, hasta hoy.

—Suéltelo de una maldita vez, general. ¿Qué ha pasado?

Sencillamente, Gardner respondió:

—Los antiters suspendieron las ofensivas en la Tierra hace dos días. Están replegándose rápidamente. Si no se han marchado todos es porque están trasladando el equipo de guerra a su mundo.

Tom cerró los ojos un instante y sintió que le costaba trabajo respirar. El nudo en su garganta era enorme.

—¿Qué hicieron los nuestros…? ¿Acaso…?

—No. Se quedaron quietos mientras los antiters se retiraban. Ya sabes lo del enemigo que huye, puente de plata… Claro que para que esto haya sucedido ha sido preciso que el administrador pusiera el grito en el cielo ante los mandos terrestres al día siguiente de escapar Preston y la chica antiter con vuestra ayuda. Entonces sólo pretendió el permiso de sus superiores para colgaros apenas os hubiera puesto la mano encima.

Tom abrazó a Janette. La mujer no pudo contener las lágrimas, se las secó con un pañuelo y salió de la habitación con una excusa.

—Demonios, esto es magnífico —dijo Tom tomando su taza de café y sorbiendo un trago con dificultad.

—Sí. Los nuestros estaban expectantes. Desde el día siguiente de vuestra aventura, los antiters suspendieron todos sus ataques, permaneciendo en sus líneas. Por fortuna, nuestras fuerzas estaban tan extenuados que no reaccionaron fulminantemente con un contraataque.

—¿Qué pasará ahora?

—Podéis salir —suspiró el general—. Sois libres. Pero os aconsejo que por unos días evitéis encontraros con el administrador. Se encuentra aún demasiado confundido para que pueda daros sus excusas.

—Es igual. Él quería hacer las cosas a su manera. No podemos culparle si estaba equivocado, a pesar que estuvo a punto de estropearlo todo.

Tom había querido mantenerse sereno, tranquilo. Rehuyó la mirada del general, poniéndose a mirar a través de la ventana el verde paisaje que se extendía alrededor de la casita.

—¿Qué pasará ahora?

—No lo sé exactamente —se encogió de hombros el general—. Pero estoy seguro que todo irá mejor. Algo mejor.

—¿Los combatientes?

—Irán viniendo a Tierra Dos lo más rápidamente posible. Los pueblos de la vieja y deteriorada Tierra se irán agrupando en este nuevo planeta. Ojalá no lo estropeemos como el otro.

—¿Y los antiters, los hombres de Emcibe?

—Ellos ya disponen de otro mundo. Ojalá les vaya bien.

Tom dejó vagar la mirada por el prado inundado de sol. Pensó en Preston. Indudablemente estaba con vida. A él y a Yhala se debía que la guerra hubiera cesado en la Tierra, atormentada e inhabitable. ¿Por qué no había vuelto? Tal vez estuviese a gusto al lado de la chica antiter. Los hombres de Emcibe podían haberlo recibido bien. Era el inicio de un contacto entre dos pueblos que habían luchado a muerte hasta hacía unos días.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Janette se acercó a su marido y le preguntó:

—¿Volveremos a ver a Preston algún día? ¿Regresará con Yhala? Tom le pasó el brazo por el hombro, se volvió para sonreírle y dijo:

—Creo que por algunos años será mejor que nuestros pueblos se mantengan distantes. Quedan muchas heridas que restañar. Y ambos tenemos por delante mucho trabajo. Demasiado. Hay que hacer nuevos mundos habitables, cómodos para nuestros hijos. Pero no dudes que algún día le veremos aparecer por nuestra puerta, por la puerta de nuestra casa. Hoy mismo regresaremos a ella, ¿te parece?

Janette asintió en silencio. ¿Preston e Yhala iban a formar la primera pareja de ambos mundos separados por una dimensión extraña, situados en distintos planos en el tiempo y el espacio? ¿Por qué no? Preston merecía ser feliz. Se apretó contra su esposo y ambos se quedaron mirando al exterior. Ninguno se dio cuenta cuando el general, sigilosamente, salió de la casita.

FIN